

El pacifismo como patología

DERRICK JENSEN

*El pacifismo
como patología*
y otros escritos

Traducción y prólogo de Carlos Lagos

© El pacifismo como patología y otros escritos - Derrick Jensen
Primera edición, 2015

© 2015 Colectivo Editorial Nihil Obstat & Editorial Viejo Topo

Selección, traducción y prólogo: Carlos Lagos

Corrección de estilo: Raimundo Nenen

Diseño de portada: Nicolás Sagredo

Diagramación: Doimo Ursic

ISBN: 978-956-9556-0209

Queda hecho el depósito legal.

Creative Commons

Atribución-NoComercial-CompartirIgual-4.0-Internacional

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Impreso en Santiago, Chile.

ÍNDICE

PRÓLOGO 7

EL PACIFISMO COMO PATOLOGÍA 11

LA TIRANÍA DEL PRIVILEGIO DESPÓTICO 27

UN DIAGNÓSTICO CLARO: EL MUNDO DESQUICIADO 33

MÁS ALLÁ DE LA ESPERANZA 39

OLVIDÉMONOS DE LAS DUCHAS CORTAS 49

PROGRESO, POR SOBRE TODO 55

VIVIR O NO VIVIR 61

EL MUNDO EN LA MIRA 67

CONTRA PROMETEO 73

NOTAS SOBRE LOS TEXTOS SELECCIONADOS 91

PRÓLOGO

Cuando el movimiento revolucionario decae, aparece en su interior un abismo entre la teoría y la acción. Esta separación se expresa como un distanciamiento doble: entre los que teorizan y el resto de la gente, y entre el lenguaje teórico y el habla cotidiana. Cuando esa desvitalización alcanza grados extremos, la teoría revolucionaria degenera en un academicismo y la lucha social pierde la capacidad de teorizarse a sí misma. Por el contrario, un síntoma inequívoco del rearme revolucionario es que la teoría vuelve a ser capaz de pensar críticamente en cómo ella misma se produce y se comunica.

La primera impresión que me causaron los escritos de Derrick Jensen fue la de estar frente a una teoría vital y eficaz. Insuficiente y con muchos puntos discutibles, pero capaz de pensar las experiencias personales como productos sociales y como problemas políticos. Este ejercicio es la mejor garantía de que la actividad teórica se desenvuelva en un terreno común de vida y de lucha donde se la pueda compartir, discutir y superar; o sea, donde actúe como una fuerza material.

Con esto en mente es que me decidí a seleccionar y traducir los textos que componen este libro. En un sentido metodológico muy preciso, estos escritos de Jensen tienen un valor ejemplar: teorizan la sociedad opresiva y su superación a partir de la experiencia vivida, única fuente de conocimiento

realmente accesible para todos por igual. Sintetizando en un mismo enfoque político datos tomados de registros medio-ambientales, informes científicos, estudios en psicopatología, historia, testimonios de indígenas en resistencia, hallazgos personales y conversaciones con amigos... todo esto de forma explícita, Jensen muestra un modo de teorizar que es válido por sí mismo más allá de si compartimos o no sus conclusiones o su énfasis en unos temas por sobre otros. La teoría que emana de la práctica viviente, que lo sabe y no trata de ocultarlo, alcanza la radicalidad sin necesidad de referirse a otras teorías con fama de radicales. No se valida citando muchos textos y autores, sino partiendo de la vida concreta para regresar a ella como una inteligencia que la mejora.

Derrick Jensen ha alcanzado cierta notoriedad en los medios de izquierda norteamericanos, donde es conocido como un “ecologista radical” y “anarco-primitivista”. El anarquismo primitivista no critica el capitalismo en su especificidad como modo de producción, sino que extiende la crítica a sus premisas históricas: la civilización agraria y urbana, la industria, la ciencia y la tecnología. Aunque algunos ecologistas de esta tendencia conciben la naturaleza como una entidad distinta del ser humano y ven a éste como un agente patógeno, Derrick Jensen está lejos de ese enfoque. Su crítica del ambientalismo apolítico se extiende hasta abarcar un amplio espectro de prácticas e ideologías ecologistas, no sólo por sus métodos absurdamente ineficaces, sino porque expresan el mismo tipo de liberalismo sobre el que se sostiene la cultura ecocida dominante. En la crítica planteada por Jensen la naturaleza y el ser humano ya no aparecen como esencialmente distintos, sino como forzados a separarse en pos del crecimiento económico abstracto. Tras esta crítica subyace la ambición de otra forma de vida humana, y de otra relación con la biósfera.

El tipo de crítica expresada en este libro suele provocar la desconfianza y el menosprecio de los militantes de izquierda, y el horror de los eco-ciudadanistas. En el caso de los primeros, esa desconfianza sólo puede explicarse por su ignorancia de la teoría revolucionaria del último siglo y medio, ignorancia que les impide percibir el parentesco entre las ideas de Marx o de Kropotkin, por ejemplo, y las de Jensen. En realidad, los ecologistas radicales no han hecho más que tomar el análisis de la dominación social en el punto en que todas las variantes del marxismo lo habían abandonado: allí donde las fuerzas productivas, la técnica, la industria, la producción económica, se presentan como meros instrumentos con un valor siempre relativo, y donde el ser humano en su aspecto más concreto y vivencial aparece de nuevo como la raíz de todos los problemas y de todas las soluciones, como la única vara con la que se puede medir su propio devenir histórico y del mundo material que éste produce. Todo indica que los marxistas, incluso los que critican la alienación y el fetichismo mercantil modernos, aun no saben cómo cuestionar su base material más arcaica, ni qué hacer con las relaciones de dominación *en cuanto tales*. En cuanto al ecologismo ligero y ciudadanista, no hace falta insistir en la crítica que el propio Jensen ha expresado en los textos que componen este libro.

El foco de estos escritos está puesto en la acción, en ese movimiento de cuerpos físicos que es el momento decisivo de toda lucha entre explotados y explotadores. Se argumenta no para convencer a los lectores de unos principios generales, sino porque se ha reconocido que la situación es grave y *hay que hacer algo al respecto*. Y al contrario de lo que algunos deducen, este énfasis práctico no supone de ningún modo sacrificar la profundidad crítica. Estos llamamientos contienen la crítica del valor y de la ideología, de la militancia alienada y del espectáculo, en unos términos que a primera vista parecen no

deberle nada a Marx, ni a Debord, ni a Jappé, pero que surgen con toda naturalidad de la experiencia de vivir en oposición a los mecanismos más insidiosos de la opresión moderna. Y por eso mismo contienen en germen la superación de esas alienaciones: primero, porque al basarse los argumentos en experiencias personales, nos remiten a la universal aptitud de los seres humanos para reconocer la opresión y rebelarse contra ella; y segundo, porque su narrativa lógica pero no jerárquica ni lineal expresa el acercamiento entre los polos que la cultura dominante intenta separar artificialmente para debilitar al ser humano: intuición-intelecto, cuerpo-mente, reflexión-acción.

Con esto debiera quedar claro por qué el elemento unificador en estos textos no es ningún principio teórico abstracto, sino la lucha práctica, la experiencia vivida, expresada coloquialmente para no escindirse de sí misma en una nueva especialización intelectual. Estos son unos escritos teóricos en el sentido más fiel del término “teórico”: son visiones de lo que se vive y se quiere. No pretenden exponer una elevada sofisticación intelectual como fin en sí mismo, sino que buscan clarificar y precisar la lucha social por la emancipación. Quieren ser la inteligencia de la práctica, nacida de ella misma para impulsarla aun más lejos. Estos escritos deben ser leídos, sobre todo, como un llamado a la acción y al combate.

C. L., Santiago, Invierno de 2015

EL PACIFISMO COMO PATOLOGÍA

No se puede responder racionalmente a un comportamiento abusivo o psicopatológico, por mucho que a los abusadores o psicópatas les convenga que creamos que sí. Como señaló el escritor Lundy Bancroft,

“en un sentido importante, el abusador actúa como un mago. El éxito de sus trucos depende en gran medida de que logre desviar tu atención para que no percibas lo que realmente está haciendo. Te mete en una maraña de enredos hasta convertir tu relación con él en un laberinto lleno de recodos y sinuosidades. Quiere que te devanes los sesos tratando de entenderlo, como si él fuera una máquina maravillosa que no funciona bien y tú sólo tuvieras que descubrir las partes dañadas y repararlas para hacerla funcionar bien. Lo que busca, aunque probablemente no pueda admitirlo ni siquiera en su fuero interno, es que termines psíquicamente deshecho hasta el punto de no poder percibir la lógica que rige su conducta, la lucidez que subyace a su locura”.

Una conducta cruel y explotadora no es algo que haya que comprender. Es algo que hay que detener.

Ward Churchill una vez comparó la cultura dominante con el personaje Hannibal Lecter, de *El silencio de los inocentes*:

“Estás encerrado en una habitación con este psicópata y eres parte del menú. La pregunta es: ¿qué vas a hacer al respecto?”.

Yo mismo he estado implicado en unas cuantas relaciones que clasificaría como emocionalmente abusivas. Me demoré años en aprender esta importante lección: no puedes discutir con un explotador: siempre perderás. De hecho, en el instante mismo en que empiezas a discutir (o más exactamente, en cuanto empiezas a responder a sus provocaciones), ya perdiste. ¿Por qué? Porque los explotadores engañan, mienten, ponen bajo su control el marco mismo que define la “discusión”, de modo que si te sales de su guión te agreden hasta que vuelvas a ponerte en tu lugar (y por supuesto, esto sucede también a una escala mayor). Si esta escena se repite con la suficiente regularidad, al final el explotador no tendrá ninguna necesidad de agredirte, porque tú habrás aprendido a no salirte de tu papel en el guión. Y si esto ocurre durante el tiempo suficiente, puede que hasta termines adoptando una filosofía o religión que haga parecer tu fidelidad al guión una virtud (y, desde luego, también vemos suceder esto a una escala mayor).

Otra razón por la que siempre pierdes cuando discutes con personas explotadoras es que ellas son muy hábiles en crear dobles vínculos. Un doble vínculo es una situación en la que si escoges la opción uno, pierdes, y si escoges la opción dos también pierdes, pero tampoco puedes dejar de escoger.

La única forma de liberarse de un doble vínculo es destruyéndolo. No hay otra forma.

Una de las astucias más notables de los nazis fue hacer que a cada paso la opción más racional para los judíos consistiera

en no resistirse. Muchos judíos tenían la esperanza –una esperanza que los nazis fomentaban– de que si aceptaban las reglas del juego, si obedecían los dictámenes de quienes tenían el poder, sus vidas no empeorarían ni serían asesinados. ¿Qué prefieres, portar una tarjeta de identificación, o resistirte y quizás ser ejecutado? ¿Prefieres ir a un *ghetto* (o a una reservación, o lo que sea), o resistirte y quizás ser ejecutado? ¿Prefieres entrar a las duchas, o resistirte y que quizás te maten?

Pero les diré una cosa muy importante: los judíos que tomaron parte en el alzamiento del *ghetto* de Varsovia, incluidos aquellos que se implicaron en lo que en ese momento parecían ser acciones suicidas, tuvieron una tasa de supervivencia mayor que la de quienes se mantuvieron al margen. No olviden eso.

La única forma de liberarse de un doble vínculo es destruyéndolo. Tampoco olviden eso, nunca.

Hace poco me reencontré con un viejo amigo. En los años transcurridos desde la última vez que nos vimos, él se había hecho pacifista. Me dijo que creía posible influir sobre cualquier persona mientras fueses capaz de convencerle con buenos argumentos.

- ¿A Ted Bundy?¹, le pregunté.

- Ya murió.

- Cuando estaba vivo.

- Vale... supongo que no.

- ¿A Hitler?

Mi amigo guardó silencio. Le dije:

1. Ted Bundy (1946-1989) fue un asesino en serie norteamericano, que mató a unas cien mujeres. (N. del t.)

- Gandhi lo intentó. Le escribió a Hitler una carta pidiéndole que por favor se detuviera. Por supuesto, le sorprendió mucho que Hitler no le escuchara.

- Como sea, sigo pensando —dijo— que en la mayoría de los casos con la mayoría de la gente se puede llegar a algún tipo de acuerdo.

- Claro, respondí, con la mayoría de las personas. Pero ¿qué pasa si alguien quiere algo que tú tienes y se muestra dispuesto a cualquier cosa con tal de conseguirlo?

Mientras decía esto, estaba recordando las palabras de Nube Roja, un miembro del pueblo Oglala que describió en estos términos la voracidad y prepotencia de los miembros de la cultura dominante:

“Nos hicieron muchas promesas, más de las que puedo recordar. Pero sólo cumplieron una de ellas: prometieron quitarnos nuestra tierra, y nos la quitaron”.

Mi amigo dijo:

- Pero entonces ¿crees que vale la pena el enfrentamiento? ¿Y si sólo das la vuelta y te vas?

Pensé en un montón de cosas por las que vale la pena ir al enfrentamiento: mi integridad física y la de quienes amo, el territorio, las vidas y la dignidad de mis seres queridos. Me acordé de la osa que me había atacado hace menos de una semana al sentir que yo era una amenaza para su cachorro. Pensé en las yeguas, vacas, perras, gatas, halcones, águilas, gallinas, gansas y ratas que me han atacado al asumir que yo le haría daño a sus cachorros: si una madre rata está dispuesta a arremeter contra alguien que es ocho mil veces más grande que ella, ¿qué demonios pasa con nosotros? Así que le respondí:

- ¿Y si pretenden apropiarse de todo el planeta? Nuestro planeta es finito, ya sabes. Al fin y al cabo, no hay donde huir.

Mi amigo no parecía ser muy buen pacifista después de todo, porque me respondió:

- Supongo que en algún punto hay que contraatacar.

Un amigo mío, ex presidiario, un tipo muy inteligente, dice que los pacifistas dogmáticos son la gente más egoísta que hay, porque ponen en primer lugar su propia pureza moral —o, para ser más exactos, su imaginada pureza moral— por sobre la necesidad de atacar la injusticia. Eso es un problema.

Ni Ward ni yo estamos diciendo que la gente no debería ser pacífica. Tampoco decimos que haya algo malo en buscar el cambio social por medios pacíficos, en tanto sea una opción personal. Tal opción también es necesaria. Se necesita gente que redacte demandas judiciales, y se necesita gente que trabaje en refugios para mujeres maltratadas. Necesitamos gente que haga permacultura. Necesitamos educadores, escritores, sanadores. Pero también necesitamos guerreros, gente que esté lista y dispuesta para contraatacar. Y eso es, al fin y al cabo, lo bueno de que todo esté tan hecho mierda: donde sea que mires, hay un montón de trabajo por hacer.

Sin embargo, hay una gran diferencia entre ser una persona pacífica y ser pacifista. El tipo de pacifismo patológico sobre el que Ward escribe, esa “ideología de la acción política no violenta” que “se ha vuelto axiomática y casi universal entre los elementos más progresivos de la sociedad norteamericana actual”, no es una simple elección o inclinación personal, sino más bien una obsesión, una monomanía, una rabiosa religión o culto que, como cualquier otra obsesión rabiosa, no tolera la herejía. El problema no es que esta clase de pacifistas no quieran contraatacar (lo cual es cosa de ellos, por supuesto), y el

problema tampoco es que no estén siquiera dispuestos a considerar la posibilidad de contraatacar (lo cual también es cosa de ellos); el problema, nocivo y persistente, es que no toleran que nadie más considere esa posibilidad, y con demasiada frecuencia hacen todo lo posible para silenciar a quien cometa la blasfemia de contraatacar, o que siquiera se atreva a insinuarlo.

A menudo su primera línea defensiva consiste simplemente en gritarle al transgresor. Esto me ha pasado muchas veces, y si has hablado sobre contraatacar es muy probable que también te haya pasado a ti. Los gritos —o regaños, en realidad— son parte del canon pacifista. Como cualquier otra religión fundamentalista, el pacifismo dogmático tiene sus artículos de fe, y como muchos artículos de fe, los suyos no resisten ningún análisis. Y asimismo, como en cualquier religión fundamentalista, que los artículos de fe correspondan o no a la realidad física no afecta en nada la fe de los creyentes, ni su entusiasmo, ni su agresividad. Refuta uno de sus artículos de fe —hazlo polvo con tu retórica— y ellos se limitarán a repetirlo una y otra vez como si tú no hubieras dicho nada.

He aquí algunos de sus artículos de fe:

Nos dicen que al querer contraatacar estamos siendo dualistas, dividiendo el mundo entre un ellos y un nosotros. “Si unos ganan”, nos dicen, “otros tienen que perder, pero si somos lo bastante creativos lograremos que todos salgamos ganando”. Es fácil decir esto cuando cierras los ojos al sufrimiento de quienes son explotados y de quienes permites que sean explotados. Tal como están las cosas, ya hay unos que ganan y otros que pierden, y si hay un hecho que toda esa retórica pacifista omite con toda comodidad, es que el planeta ya está perdiendo. Olvidan con demasiada facilidad que cuando el planeta pierde, todos perdemos, y que en todo caso no puedes hacer las paces con una cultura que está intentando

devorarte. La guerra ya fue declarada y se está llevando a cabo en contra del planeta. La negativa a reconocerlo no significa que no esté sucediendo.

Nos dicen que el amor vence todos los obstáculos y que el sólo hecho de hablar de contraatacar implica una falta de amor. Que si tan sólo profesáramos el suficiente amor por nuestros enemigos la fuerza de ese amor podría persuadirlos. Nos dicen, en una palabra, que el amor lleva al pacifismo... pero creo que llegados a este punto la mamá osa a la que me referí un poco antes estaría de mi parte, igual que todas las otras madres que mencioné.

Dicen que las herramientas del amo nunca dismantlarán la casa del amo. Ya perdí la cuenta de cuántas personas me han dicho esto. Pero sí sé con alguna certeza que ninguna de ellas ha leído siquiera el ensayo de donde proviene esa frase: *Las herramientas del amo no dismantlarán nunca la casa del amo*, de Audrey Lorde² (que por cierto no era pacifista). Aquel ensayo no tiene nada que ver con el pacifismo, sino con la exclusión de ciertas voces marginalizadas en discursos que apuntan explícitamente al cambio social. Si alguno de estos pacifistas hubiera leído el ensayo sin duda se habría horrorizado, porque en él su autora sugiere, muy sensatamente, afrontar desde una perspectiva miscelánea los múltiples problemas que tenemos por delante.

Para mí siempre ha estado bastante claro que el enfoque violento y el no violento del cambio social son complementarios. No conozco a nadie que al defender la resistencia armada frente a la ruina cultural y la explotación, rechazara al mismo tiempo la resistencia no violenta. Muchos de nosotros partici-

2. Lorde, Audre. *The Master's Tools Will Never Dismantle the Master's House*. 1984. *Sister Outsider: Essays and Speeches*. Ed. Berkeley, CA: Crossing Press. 110-114. 2007. (N. del t.)

pamos habitualmente en formas de resistencia no violenta, y apoyamos sin duda a quienes sólo tienen esta forma de resistir.

Pero ¿quiénes son éstos que dicen que no debemos usar las herramientas de los amos? Por lo general son cristianos, budistas u otros adeptos de religiones civilizadas. A menudo es gente que preferiría vernos votando a favor de la justicia, o consumiendo a favor de la sustentabilidad, mientras los amos, por su parte, se sirven de las religiones civilizadas tanto como se sirven de la violencia. Y del voto. Y del consumo.

Si no podemos usar las herramientas que usan los amos, ¿cuáles serían, exactamente, las herramientas que sí tenemos derecho a usar? ¿Escribir? No, lo siento, pero la escritura ha sido largamente instrumentalizada por los amos, así que no creo que podamos usarla. ¿El discurso en general? Vale, los detentadores del poder poseen medios para la producción industrial de discursos, y hacen un pésimo uso de ellos, pero ¿significa eso que la capacidad discursiva misma les pertenece a ellos, y que por lo tanto no deberíamos utilizarla? Por supuesto que no. También disponen de medios para la producción industrial de religiones, y hacen mal uso de la religión. ¿Significa eso que son dueños de la religión propiamente tal y que nunca podemos usarla? Claro que no. Tienen los medios para la producción industrial de violencia, y hacen un mal uso de la violencia. ¿Significa que son dueños de la violencia *per se* y que nunca podemos utilizarla en nuestro favor? Por supuesto que no.

Pero veo además otro problema en la afirmación de que las herramientas del amo nunca dismantelarán la casa del amo, y es que constituye una pésima metáfora. Simplemente no funciona. El primer y más importante requisito para una metáfora es que tenga sentido en el mundo real, y ésta no lo tiene.

Puedes usar un martillo para construir una casa, y puedes usarlo también para derribarla. Da igual a quién pertenezca el martillo.

Pero esta metáfora presenta otro problema, incluso más grave: su premisa más básica, que la casa pertenece al amo, es falsa. No hay ningún amo, y no hay ninguna casa del amo. Tampoco hay tal cosa como las herramientas del amo. Hay quien cree ser el amo. Hay una casa que él reclama como suya. Hay herramientas que también reclama como suyas. Y hay quienes creen que él es el amo.

Pero hay otros que no consienten en ese engaño: algunos vemos sólo un hombre, una casa y unas herramientas. Ni más ni menos.

Los pacifistas repiten majaderamente que es mucho más fácil hacer la guerra que hacer la paz. Las primeras veinte veces que oí esta frase no la entendí en absoluto: que la guerra o la paz sea más difícil es irrelevante. Es más fácil atrapar una mosca con la mano que con la boca, pero ¿significa eso que de alguna forma es mejor o más moral hacerlo con la boca? Es más fácil derribar una represa con un mazo que con un mondadientes, pero si escojo el mondadientes eso no me convertirá en una mejor persona. La dificultad de una acción no tiene nada que ver con su valor o su moralidad intrínseca.

Si lo que intentan decir, en todo caso, es que a veces la creatividad puede volver innecesaria la violencia, me gustaría que se limitaran a decir eso. No tengo ningún problema con esa afirmación, siempre y cuando subrayen aquella frase: *a veces*.

Otro ítem en el canon es la frase de Gandhi:

“Queremos libertad para nuestro país, pero no a costa de los demás o explotando a otros”.

Me han enrostrado esta frase más veces de las que quiero recordar, a menudo parafraseada así:

“Dices que en la lucha por salvar el planeta quieres ganar, pero si alguien gana, ¿acaso no hay alguien que tiene que perder, y no significa eso perpetuar el viejo esquema mental de la dominación?”.

Esta respuesta siempre me ha parecido pobre y de una gran deshonestidad intelectual.

Un hombre trata de violar a una mujer. Ella escapa. Consigue su libertad de no ser violada a costa de él, que no consiguió violarla. ¿Significa que ella lo explotó? Por supuesto que no. Ahora, empecemos de nuevo. Él trata de violarla. Ella no logra escapar. Intenta disuadirlo, sin violencia. No funciona. Ella saca un arma y le dispara en la cabeza. Es obvio que ejerció su libertad de no ser violada a costa de la vida de él. ¿Podemos decir que ella abusó de él? Claro que no. Se trata de una perogrullada: el derecho a defenderse siempre está por encima del derecho a agredir. Mi derecho a la libertad siempre está por sobre tu derecho a explotarme, y si tratas de explotarme, tengo derecho a detenerte, incluso a costa de tu persona.

Los pacifistas dicen que el fin nunca justifica los medios, lo cual es sólo un juicio de valor solapado tras la apariencia de una afirmación moral. Los que dicen esto simplemente demuestran que le dan más importancia al proceso que al resultado. Desde ese punto de vista, cualquier afirmación absoluta cae en el absurdo. Hay fines que justifican el uso de ciertos medios, y hay otros fines que no lo justifican. En otras palabras: hay medios que algunas personas creen justificados para ciertos fines, y no para otros (por ejemplo, estaría dispuesto a matar a alguien que amenace la vida de un ser querido, pero no mataría a alguien por adelantarme en la carretera). Como ser humano consciente, para mí es una fuente de alegría, de

dignidad y de responsabilidad hacer esas distinciones, y siento lástima por quienes no se creen capaces de hacerlas por sí mismos y en cambio prefieren actuar obedeciendo consignas.

Los pacifistas dicen que la violencia sólo engendra más violencia. Esto es, a todas luces, falso. La violencia puede engendrar muchas cosas. Puede engendrar sumisión, como cuando un amo azota a un esclavo (algunos esclavos devolverán el golpe, en cuyo caso su violencia engendrará más violencia; mientras que otros, como hemos visto, se someterán por el resto de sus días; algunos incluso crearán algún tipo de religión o de espiritualidad para hacer que la sumisión parezca una virtud, como también hemos visto; algunos escribirán y otros repetirán que la libertad no debe ganarse a expensas de otros; algunos dirán que debemos amar a nuestros opresores; y otros, que sólo los mansos heredarán lo que quede de la tierra). La violencia puede engendrar riqueza material, como cuando un ladrón o un capitalista (si tiene algún sentido hacer la diferencia) le roba a alguien. La violencia puede engendrar violencia, como cuando uno agrede a alguien que agrede de vuelta. La violencia puede engendrar un cese de la violencia, como cuando alguien neutraliza o mata a un agresor (sin duda sería estúpido e insultante decir que una mujer que mata a su violador está engendrando más violencia).

Los pacifistas nos exhortan a “ser el cambio que queremos ver”. Esta declaración, manifiestamente disparatada, es una expresión del pensamiento mágico y narcisista que podemos esperar de los pacifistas dogmáticos. Puedo cambiarme a mí mismo todo lo que yo quiera, y si las represas siguen bloqueando los ríos, los salmones seguirán ahogándose. Si el calentamiento global prosigue, las aves seguirán muriendo de hambre. Si los buques-factoría siguen trabajando, el océano seguirá siendo saqueado. Si la agricultura industrial sigue contaminando, las zonas muertas seguirán extendiéndose. Si los

laboratorios de vivisección siguen funcionando, los animales seguirán siendo torturados.

Nos advierten que si usamos la violencia contra los explotadores, nos volveremos como ellos. Este cliché es, también, ridículo, sin conexión con el mundo real. Se basa en la idea errónea de que toda violencia es equivalente. Es obsceno sugerir que una mujer que mata a su violador se vuelve igual que él. Es obsceno decir que si los Tecumseh luchan para defender sus tierras, se vuelven iguales a los que tratan de robárselas. Es obsceno insinuar que los judíos que combatieron a sus exterminadores en Auschwitz, Birkenau, Treblinka y Sobibor se volvieron iguales a los nazis. Es obsceno afirmar que un tigre que mata a un ser humano en un zoológico se vuelve igual a sus captores.

Los pacifistas insisten en que con violencia nunca se logra nada. Este argumento, incluso más que los anteriores, es una prueba de cuán completa, desesperada y arrogantemente separados están los pacifistas dogmáticos de la realidad física, emocional y espiritual. Si la violencia no logra nada, ¿cómo creen que los civilizados conquistaron África, América del Norte y del Sur, y antes de eso Europa, y antes de eso Oriente medio, y desde entonces el resto del mundo? Los pueblos indígenas no entregaron ni están entregando sus tierras porque hayan reconocido de buena gana que están frente a una cultura superior, creada por personas mejores que ellos. Lo hacen porque la tierra les fue y les está siendo arrebatada, y porque la gente que vivía y vive en ella fue y está siendo masacrada, aterrorizada y reducida a la sumisión. Decenas de millones de africanos asesinados en el comercio de esclavos estarían muy sorprendidos al saber que su esclavitud no fue resultado de una espeluznante violencia. Lo mismo se puede decir de las millones de mujeres asesinadas en Europa durante las cacerías de brujas. Y también es cierto respecto a las cientos de millones de aves migratorias

exterminadas para beneficio de la economía. A los millones de prisioneros reclusos en campos de concentración en Norteamérica y en el resto del mundo les sorprendería descubrir que pueden abandonar esos lugares cuando quieran, que en realidad no se hallan retenidos allí por la fuerza. Pero los pacifistas que hacen esas afirmaciones, ¿realmente creen que si los pueblos en todo el mundo entregan sus recursos a los ricos es porque les gusta quedar reducidos a la miseria, y verse despojados de sus tierras y de sus vidas —perdón, supongo que bajo esa lógica no han sido despojados de ellas, sino que las han regalado generosamente— por quienes sin lugar a dudas deben ser percibidos como más dignos de poseerlas? ¿Creen que las mujeres violadas se someten a eso sólo porque sí, y no porque son amenazadas o violentadas? Una de las razones por las que los detentadores del poder usan tan a menudo la violencia es porque ésta funciona. Funciona terriblemente bien.

Y esto es válido para la liberación tanto como para la subyugación. Decir que con violencia nunca se logra nada no sólo denigra el sufrimiento de quienes padecen la violencia, también deshonra los triunfos de quienes han luchado para liberarse de situaciones de abuso o explotación. Hay mujeres y niños que han asesinado a sus victimarios y se han liberado de sus atropellos. Y hay muchos ejemplos de pueblos indígenas y otros que mediante la lucha armada han logrado salir victoriosos por períodos más o menos largos. Pero contra toda esta evidencia los pacifistas dogmáticos, con tal de perseverar en sus fantasías, prefieren ignorar la eficacia, tanto opresiva como liberadora, de la violencia.

Toda esta cerrazón mental, esta intolerancia hacia cualquier táctica que no sea la de ellos mismos, es nociva en muchos sentidos. En primer lugar, reduce la posibilidad de una sinergia eficaz entre diversas formas de resistencia. Segundo, crea la ilusión de que realmente estamos logrando algo mientras

el mundo sigue siendo destruido. Tercero, implica desperdiciar un tiempo valioso que no tenemos. Cuarto, es una ayuda activa a quienes detentan el poder. Ward Churchill lo ha expresado bien:

“Ninguna campaña de firmas hará que se disipe el poder y el orden establecido. Tampoco ninguna acción legal; no podemos esperar que los tribunales establecidos por los explotadores dictaminen que la explotación es ilegítima y debe ser combatida. No lograremos nada votando por una alternativa, ni haciendo vigili­as de oración, ni encendiendo velas aromáticas en las vigili­as de oración, ni cantando canciones de protesta... no vamos a lograr nada haciendo declaraciones ostentosas, cambiando nuestra dieta ni construyendo ciclovías. Hay que decirlo con todas sus letras: este poder, esta fuerza, esta entidad, esta monstruosidad llamada Estado se mantiene por la fuerza física, y sólo puede ser desafiado en los términos que él mismo impone y entiende”.

No va a ser un proceso indoloro, pero, escuchen, entérense ya de una vez: ahora mismo no está siendo un proceso indoloro. Si sientes una relativa ausencia de dolor, eso sólo es una prueba de tu posición privilegiada dentro del orden estatal. Quienes están en la posición opuesta, padeciendo este orden en Irak, en Palestina, en Haití, en las reservas indígenas de Norteamérica, entre la masa inmigrante de la urbe, entre los excluidos y la gente “de color”, casi todos ellos pobres, entienden muy bien la diferencia entre el consentimiento indoloro y el dolor de seguir padeciendo el orden establecido. En última instancia, ninguna salida pasa por hacer reforma alguna. La salida pasa únicamente por... no vamos a decir esa linda palabra, la *revolución*, sino esta otra: la *devolución*, es decir, por la destrucción del Imperio, desde adentro.

Hace poco un amigo me escribía esto:

“Hay demasiada gente asustada de tomar decisiones y asumir responsabilidades. A los niños se les enseña y a los adultos se les incita a no decidir ni responsabilizarse por nada. O más exactamente, a elegir solamente entre opciones falsas. Siempre que pienso en esta cultura y en los horrores que perpetra y que nosotros permitimos, y siempre que considero nuestra típica reacción al encarar decisiones difíciles, me queda claro que todo en esta cultura nos lleva a ‘elegir’ respuestas rígidas, controladas e indolentes, en vez de apostar por la fluidez, por opciones reales, y por la responsabilidad personal respecto a esas opciones. Siempre, en cada ocasión, es así”.

El pacifismo es sólo un ejemplo de esto. El pacifismo es desde luego menos multifacético en su negación y en sus ilusiones que otros aspectos de la cultura (en otras palabras, su estupidez es más obvia), pero forma parte del mismo patrón: controlar y negar las relaciones y responsabilidades, en lugar de decidir y asumir responsabilidades en circunstancias específicas. Al relegar amplios espectros de posibilidades fuera del alcance de toda acción y de toda discusión, el pacifista no hace otra cosa que evitar la toma de decisiones y la asunción de responsabilidades. Se dan el lujo de decir: “Vean qué puro soy, no tomo decisiones equivocadas”, cuando en realidad lo que hacen es no tomar nunca ninguna decisión. Pero optar por la inacción —o por acciones ineficaces— frente a la explotación y al abuso constituye un modo de actuar tan corrupto como cualquier otro que se pueda concebir. Con la salvedad de que las acciones ineficaces producen la ilusión de efectividad: no importa lo que se diga, incluso tomando en cuenta los colosales problemas que afrontamos, el pacifismo y las demás respuestas que no amenazan este orden concentracional, son sin ninguna duda factibles. Supongo que eso tiene algún mérito.

Pero tal actitud me recuerda a esa gente que asiste a terapia para tener la ilusión de que están haciendo algo, a diferencia de esos pocos que realmente se ponen manos a la obra y enfrentan sus miedos y hábitos asumiendo un rol activo y transformador.

“El pacifismo es un sucedáneo nocivo del amor, ¿no creen? En realidad no tiene nada que ver con amar a los demás. ¿Se puede decir que un sucedáneo es nocivo porque entre otras cosas ignora la responsabilidad, ignora las relaciones y la presencia, y sustituye la fluidez y la decisión por el control? Desde luego, los sucedáneos nocivos son a la vez causa y efecto de la nocividad. ¿Podemos asumir entonces que la falta de responsabilidad, la falta de relación y de presencia, y la sustitución de la fluidez y la decisión por el control, producen y son producidos por la nocividad?”

Este es un libro necesario, y se vuelve más necesario cada día que pasa.

LA TIRANÍA DEL PRIVILEGIO DESPÓTICO³

Hay una cosa que me molesta todo el tiempo y es percatarme de cuánta gente cuerda cree que puede haber crecimiento económico ilimitado en un planeta finito. El crecimiento económico perpetuo y su hermana, la expansión tecnológica sin límites, son creencias tan profundamente arraigadas en tanta gente dentro de esta cultura, que por lo general parecen estar totalmente fuera de discusión. Pero incluso hay algo más perturbador, y es el hecho de que tales creencias son tomadas a menudo como la definición misma de lo que es la condición humana: crecimiento económico perpetuo y expansión tecnológica ilimitada: eso es lo que “somos”.

3. El título original de este artículo es *The tyranny of entitlement*. La traducción del término *entitlement* es problemática: su sentido remite a un concepto jurídico que designa cierto derecho o prerrogativa adquirida, pero el uso que le da Jensen remite a la acepción psicopatológica, donde *entitlement* designa el sentimiento de superioridad, inmunidad y privilegio frente a los demás que caracteriza a las personalidades narcisistas, proclives a abusar y explotar a quienes les rodean. En el *Glosario de Psiquiatría* de la American Psychiatric Press (Ed. Díaz de Santos, España, 1996), el vocablo *entitlement* se traduce pobremente como “tener derecho”. La expresión “privilegio despótico” me parece mucho más fiel al sentido que le da por ejemplo Otto Kernberg refiriéndose a las personalidades abusivas. Naturalmente, es a esto a lo que se refiere Derrick Jensen en este artículo. (N. del t.)

Ahora bien, algunos de los que creen en el crecimiento perpetuo son tarados sin remedio, como el economista y ex asesor de la Casa Blanca Julian Simon, quien afirmó que: “Hoy contamos –de hecho está en nuestras bibliotecas– con la tecnología necesaria para alimentar, vestir y suministrar energía a una población que siga creciendo durante los próximos siete mil millones de años”. Y demostrando que cuando se trata de la política económica de Estados Unidos la demencia está siempre a la orden del día, otro imbécil, en este caso Lawrence Summers –quien ha oficiado como economista en jefe del Banco Mundial, ministro de hacienda de Estados Unidos, rector en la universidad de Harvard y director del Consejo Económico Nacional del presidente Obama– declaró que “La capacidad de carga de la tierra no tiene límites a los que tengamos que atenernos en un futuro previsible... la idea de que tengamos que restringir el crecimiento debido a algún límite natural es un profundo error”.

Hay otros más moderados en su locura y dispuestos a admitir que, bueno, tal vez sí existan algunos límites físicos... no obstante, suponen que si a la frase “crecimiento económico” le añaden la palabra “sostenible”, eso basta para que de algún modo se pueda seguir creciendo indefinidamente en un planeta finito. Quizás mediante el tipo de economía que ellos llaman “blanda”, “de servicios” o “high-tech”, o gracias a prodigiosas innovaciones “verdes”, como ese artefacto injertado en la ropa que cuando bailas produce energía para tu iPod. Ignoran así el hecho de que la gente seguirá necesitando alimentarse, que los humanos ya saturaron la capacidad de carga del mundo natural y están destruyéndolo de forma sistemática, y que hasta algo tan *cool* como un iPod requiere infraestructuras mineras, industriales y energéticas que se han vuelto, todas ellas, funcionalmente insostenibles.

Además de estos dementes, existe una enorme cantidad de gente que probablemente ni se detiene a pensar en estas cosas: se limitan a interiorizar la visión de los comentaristas noticiosos que no paran de repetir: “crecimiento económico bueno, estancamiento económico malo”. Lo cual es válido, desde luego, si te importa más el sistema económico que la vida en el planeta. Si en cambio te importa más la vida que el sistema económico, no es tan válido. Para crecer, la economía debe aumentar incesantemente la producción... y ¿en qué consiste la producción, después de todo? En transformar lo vivo en lo muerto, convertir bosques vivientes en tablas, ríos vivientes en embalses para producción hidroeléctrica, peces vivientes en nuggets de pescado... y en última instancia, convertir todo ello en dinero. De modo que deberíamos preguntarnos: ¿qué es el Producto Interno Bruto? Es la medida de esta transformación de lo vivo en lo muerto. Mientras más rápidamente se produzca esta transformación, más elevado será el PIB. Sin embargo, estas simples ecuaciones se complican porque cuando el PIB disminuye, la gente tiende a perder sus empleos. Así que claro, a nadie debería sorprenderle que el mundo esté siendo aniquilado.

En cuanto un pueblo se compromete con (o se esclaviza a) una economía en crecimiento, con lo que se compromete en realidad es con una perpetua economía de guerra, porque a fin de mantener este crecimiento, tendrán que seguir colonizando porciones cada vez más grandes del planeta y explotando a sus habitantes. Estoy seguro que eres capaz de darte cuenta del problema que esto representa en un planeta finito. Como sea, el corto plazo ofrece buenas perspectivas para los defensores del crecimiento económico (y malas noticias para todos los demás): si conviertes tu territorio en armas (por ejemplo, talando árboles para construir naves de guerra), obtienes una ventaja competitiva de corto aliento sobre aquellos que viven

de forma sustentable, lo cual te permitirá despojarlos de sus tierras y explotarlas para alimentar tu economía en perpetua expansión. En cuanto a aquellos a quienes despojaste, bueno, puedes masacrarlos, esclavizarlos o asimilarlos (casi siempre por la fuerza) a tu crecimiento económico. Por lo general lo que sucede es una combinación de las tres cosas. El exterminio del bison, para mencionar un solo ejemplo, fue necesario para destruir la forma de vida tradicional de los indios de las planicies y así obligarlos a asimilarse de algún modo (haciendo que sus vidas dependan de la economía en expansión y no de la tierra). La mala noticia para los defensores del crecimiento económico es que se trata, esencialmente, de un callejón sin salida: una vez que has saturado la capacidad de carga de tu hábitat, sólo te quedan dos opciones: seguir viviendo por sobre los medios disponibles hasta que tu cultura se derrumbe, o renunciar activamente a los beneficios obtenidos de la conquista, con tal de salvar tu cultura.

Una economía de crecimiento perpetuo no sólo es demencial (e imposible), sino que también es, por su propia esencia, destructiva. Con esto quiero decir que está basada en la misma arrogancia que subyace a las formas de abuso más personales. Se trata, en efecto, de la consagración a nivel macroeconómico de la conducta explotadora a nivel interpersonal. Toda conducta explotadora se basa en una premisa fundamental: que el explotador rehúse respetar los límites establecidos por la víctima. Lundy Bancroft, ex director de Emerge, el primer programa terapéutico del país para hombres abusadores, escribe:

“Llamamos privilegio despótico a la creencia del abusador de que tiene un status especial que le otorga derechos y prerrogativas excepcionales que no se aplican a los demás. Las actitudes que motivan el abuso se resumen básicamente en esta expresión”.

El sentido de esta expresión se aplica también a una escala social más amplia: qué duda cabe, los seres humanos somos una especie muy elevada que recibió de un Dios muy listo y omnipotente derechos y privilegios para dominar este planeta, creado para su uso exclusivo. Y por cierto, tanto para los adherentes de la religión científica como del cristianismo, los humanos poseemos una inteligencia y unas habilidades excepcionales que nos aseguran este derecho de uso y abuso. Las economías de crecimiento tienen un carácter esencialmente desenfrenado y sus artífices están dispuestos a transgredir cualquier límite que haya establecido cualquiera que no sean ellos mismos. Salta a la vista que el hecho de que las culturas indígenas ya habitaran tal o cual porción de tierra nunca ha disuadido a los poderosos de expandir su economía; tampoco la muerte de los océanos detendrá su explotación, ni lo hará el calentamiento del planeta, ni la terrible pobreza de los desposeídos.

Es inútil discutir con un explotador acerca de su conducta abusiva. De todos los que cometen actos violentos, los maltratadores domésticos son los más intratables; tan intratables, de hecho, que en el año 2000 el Reino Unido suspendió los fondos usados para ofrecerles terapia usándolos para financiar refugios y medios de protección para las mujeres maltratadas. Lundy Bancroft insiste:

“un abusador no va a cambiar porque se sienta culpable, porque recobre la lucidez o encuentre a Dios. No cambiará al ver el terror en los ojos de sus hijos o porque sienta cómo se alejan de él. No le va a llegar súbitamente la revelación de que su pareja merece ser tratada mejor. Puesto que únicamente puede pensar en sí mismo y en las diversas recompensas que obtiene al controlar a quienes le rodean, el abusador sólo cambia cuando no le queda otra alternativa. Así que, para crear un contexto que induzca cambios en el

abusador, la clave es ponerlo en una situación en la que no tenga más opción que cambiar”.

¿Cómo podemos detener a los explotadores que están al mando de esta economía de crecimiento perpetuo? La visión de pelícanos ahogándose en petróleo y de tortugas incineradas no los va a detener. Tampoco lo hará el hecho de que haya días con 38 grados celsius en Moscú. No los detendremos haciéndoles sentir culpables, ni exigiéndoles que hagan lo correcto. La única manera en que podremos detenerlos es no dejándoles otra alternativa que parar.

UN DIAGNÓSTICO CLARO: EL MUNDO DESQUICIADO

No sé ustedes, pero cada vez que asisto a algún encuentro “verde”, sé que todos esperan que salga de ahí inspirado y energizado, pero en cambio vuelvo a casa desmoralizado, con un sentimiento de derrota y de que acaban de estafarme. Lo que me desanima no son las inevitables charlas sobre granjeros que (re)descubrieron la agricultura orgánica, sobre tene-dores hechos con plástico de almidón de maíz, sobre paneles solares fotovoltaicos, sobre relocalización, sobre las delicias de la vida simple, sobre llorar la destrucción del planeta, sobre “cambiar nuestros guiones” y, especialmente, sobre tener una actitud positiva. Lo que me desanima es que nadie, y quiero decir *nadie*, jamás diga una sola palabra sobre psicopatología.

¿Por qué la psicopatología es importante? Porque los detenedores del poder están devastando todo tipo de comunidades sustentables, no solo las comunidades *indígenas* sustentables. Si un grupo de gente desarrolla formas nuevas y más sustentables de vivir en su tierra, y quienes tienen el poder deciden que esa tierra se necesita para construir caminos, centros comerciales y estacionamientos, simplemente van y se apropian de esa tierra. Así es como funciona la cultura dominante: todo y todos deben ser sacrificados a la producción y al crecimiento económico, a la perpetuación de este modo de vida.

Hace unos meses estaba viendo un documental sobre David Parker Ray, un asesino en serie de Truth or Consequences, Nuevo México, de quien se sospecha que mató a más de sesenta mujeres, después de secuestrarlas y mantenerlas cautivas como esclavas sexuales. Instaló una bien equipada cámara de torturas en el remolque de un camión, donde grababa en video las cosas que les hacía. En el documental, un experto del FBI comparaba las actitudes de Ray hacia sus víctimas con la actitud que la mayoría de nosotros tenemos hacia las servilletas de papel: una vez que hemos usado una, ¿nos preocupa lo que pase con ella? Por supuesto que no, explicaba. Y así es como Ray veía —o mejor dicho, no veía— a sus víctimas: simplemente como algo que se usa y se tira.

Cuando el experto dijo esto, en lo primero que pensé fue en las palomas migratorias. Después pensé en el salmón plateado. Y en los océanos. ¿Cuán profundamente lamenta la mayoría de la gente la muerte de las palomas migratorias? ¿Del salmón? ¿De los océanos? Esta cultura en su conjunto, y la mayoría de sus miembros, no tiene más consideración por las víctimas del sistema de la que David Parker Ray tuvo por sus víctimas. La ceguera ante el sufrimiento es una de las características centrales de nuestra cultura, y es también un rasgo definitorio de la sociopatología.

La Nueva Enciclopedia Columbia define un sociópata como alguien que deliberadamente hace daño sin sentir remordimiento.

“Se trata de personas impulsivas, insensibles a las necesidades de los demás, incapaces de prever las consecuencias de su conducta, de perseguir objetivos a largo plazo y de tolerar la frustración. El individuo psicopático se caracteriza por carecer de los sentimientos de culpa y de ansiedad que normalmente acompañan los actos antisociales”.

Mmmh, veamos: ¿qué tan sensibles son los miembros de esta cultura, tomada en conjunto, a las necesidades del bosque nativo (98% destruido) y de la vida en los océanos (90% de los grandes peces exterminados)? ¿Qué tan sensible es esta cultura a los reclamos de tierra por parte de los pueblos indígenas? ¿Qué capacidad tienen los miembros de esta cultura para anticipar claramente las consecuencias de destruir bosques, praderas, océanos, o de denegar la tierra a los indígenas? Mientras el nivel del mar empieza a subir y los glaciares comienzan a derretirse, ¿qué capacidad tienen los que toman decisiones en esta cultura, para anticipar las consecuencias del calentamiento global?

Robert Hare, experto en psicopatía, afirma que

“algunos de los rasgos más devastadores de la psicopatía son éstos: cruel desconsideración hacia los derechos de los demás, propensión al comportamiento depredador y violento; ausencia de remordimiento al seducir y explotar a otros en beneficio propio; ninguna empatía ni sentido de responsabilidad, propensión a manipular, mentir y estafar a otros sin importarles en absoluto sus sentimientos”.

Me recuerda una frase de Nube Roja:

“Nos hicieron muchas promesas, más de las que puedo recordar. Pero sólo cumplieron una: dijeron que se quedarían con nuestras tierras y lo hicieron”.

Hare dice además:

“Demasiada gente cree que los psicópatas son ante todo asesinos o convictos. El público no ha sido educado para ver más allá de los estereotipos sociales, para entender que los psicópatas pueden ser empresarios, políticos, gerentes y otros individuos exitosos que jamás conocerán una prisión por dentro”.

Puede ser el presidente, un jefe, un vecino.

Examinemos ahora la cultura dominante en relación con las características de los sociópatas, tal como se enumeran en la sección F60.2 de la Clasificación de Desórdenes Mentales y Conductuales ICD-10, publicada por la Organización Mundial de la Salud en Génova en 1992:

a) Fría indiferencia hacia los sentimientos ajenos.

¿Por dónde empezar? ¿Acaso los miembros de esta cultura muestran alguna preocupación por los sentimientos de los indígenas a quienes han despojado de sus tierras? ¿Y qué hay de los sentimientos de los seres no humanos arrancados de su hábitat, o aquellos a los que se les ha quitado la vida? Es más, ¿no es cierto acaso que la mayoría de la comunidad científica reclama que en los estudios científicos no interfiera ninguna emoción? ¿No nos dicen que las emociones no tienen nada que ver con las decisiones empresariales y con las políticas económicas? ¿Es que las gallinas encerradas en hileras de jaulas no tienen sentimientos? ¿Y los perros en laboratorios de vivisección? ¿Y los árboles? ¿La lluvia? ¿Las piedras? Esta cultura no se limita en todo caso a una “fría indiferencia” hacia los sentimientos ajenos: llega a negar que esos sentimientos siquiera existan.

b) Grave y persistente actitud de irresponsabilidad y desconsideración por las normas, reglas y obligaciones sociales.

¿Hay alguna acción más irresponsable que asesinar al planeta? Ahora consideremos las normas, reglas y obligaciones de esta cultura. Sus normas: violación, abuso, destrucción. Sus reglas: un sistema legal creado por los poderosos para perpetuar su poder. Obligaciones: adquirir tanto dinero y poder como sea posible.

c) Incapacidad para mantener relaciones duraderas, aunque no les cuesta iniciarlas.

Yo vivo en tierras Tolowa. Los Tolowa tuvieron relaciones duraderas con sus vecinos humanos y no humanos al menos por 12.500 años. Cuando la cultura dominante hizo su aparición aquí hace unos 180 años, este lugar era un paraíso; ahora está arruinado. La explotación no puede constituir una relación duradera, ni con otros animales ni con el territorio.

d) Muy baja tolerancia a la frustración y bajo umbral de descarga de la agresión, llegando a los actos violentos.

Los civilizados llevan diez mil años erradicando a los pueblos indígenas. Los Estados Unidos están constantemente descargando agresión contra otros países (es decir, invadiéndolos). Los individuos, empresas y gobiernos descargan su agresión a diario sobre coyotes, perros de las praderas, leones marinos, humedales, yacimientos carboníferos y depósitos petrolíferos.

e) Incapacidad para sentir culpa y para sacar provecho de las experiencias, especialmente de las experiencias correctivas.

¿Cuánta culpa crees que sienten los directivos de las empresas forestales por destruir los antiguos bosques nativos? Y la expresión “sacar provecho”, ¿no significa para ellos meramente obtener beneficios económicos de la devastación de bosques, océanos, etc., una vez que esa destrucción es ya un *acto consumado*? Después de haber desforestado el medio oriente, la totalidad de Europa, gran parte de las Américas, África y Asia, ¿parece plausible que los mandamases hayan aprendido algo de sus errores pasados? ¿Han aprendido algo de las decisiones que han tomado y de las políticas que han implementado con las graves consecuencias climáticas derivadas de la incesante combustión de carbón, petróleo y gas?

f) Fuerte propensión a culpar a los demás, o a ofrecer sofisticadas racionalizaciones de su conducta.

¿Acaso los directivos de las empresas asumen su responsabilidad por la violencia que ejercen? ¿Acaso el violador típico se responsabiliza por su conducta? George Bush, para justificar su apresuramiento en desforestar Norteamérica, culpó a los incendios forestales. Clinton le echó la culpa a los escarabajos. Y muchos siguen racionalizando su negación del calentamiento global cada vez que un huracán tropical azota la costa atlántica en invierno.

Está claro que no todos nos comportamos de esa forma. Pero aquellos de nosotros que no somos sociópatas, que estamos tratando de vivir de otra manera, tenemos que dar un paso al frente y llamar a la cultura dominante por su nombre, de acuerdo a la manera en que se comporta.

Compartir nuestro planeta, que es finito, con esta cultura, equivale a estar encerrado en una habitación con un psicópata. Es inevitable: aunque el psicópata quizás elija otras víctimas, tarde o temprano se va a fijar en ti. Antes o después, tendremos que luchar por nuestras vidas. Así que, si queremos contar con un territorio habitable, y si queremos que nuestros descendientes puedan vivir por mucho tiempo, tenemos que organizarnos políticamente para detener el avance de esta cultura letal.

MÁS ALLÁ DE LA ESPERANZA

La frase que más oigo decir a los ambientalistas de todas partes es: *estamos cagados*. La mayoría de ellos están librando una lucha desesperada, en la que emplean todos los medios a su alcance —o mejor dicho, todos los medios legales a su alcance, lo cual significa: todos los medios que los poderosos les permiten emplear, es decir, todos los medios ineficaces— para tratar de proteger algún pedazo de tierra, para tratar de impedir la fabricación o derrame de venenos, para tratar de que los civilizados dejen de martirizar a algún grupo de plantas o animales. En ocasiones quedan reducidos a tratar de salvar un solo árbol.

John Osborn, un gran activista y amigo, sintetiza así sus motivos para comprometerse en la lucha:

“La situación se está volviendo cada vez más desastrosa y quiero asegurarme de mantener algunas puertas abiertas. Si siguen habiendo osos grizzli vivos en veinte, treinta o cuarenta años más, puede que los siga habiendo en cincuenta años más. Si ya no queda ni uno solo en veinte años, habrán desaparecido para siempre”.

Sin embargo, independientemente de lo que hagan los ambientalistas, todos nuestros esfuerzos son insuficientes. Estamos perdiendo en todos los frentes y con muchísimas bajas. Los poderosos están imperturbablemente decididos a destruir el planeta, y a la mayoría de la gente no le importa.

Sinceramente, no tengo muchas esperanzas, pero creo que eso es algo bueno. La esperanza es lo que nos mantiene encadenados al sistema, al conglomerado de gente, de ideas e ideales que están provocando la destrucción de la tierra.

Para empezar, existe la falsa esperanza de que súbitamente, de alguna manera, el sistema va a cambiar de forma inexplicable. O que seremos salvados por la tecnología, por la Gran Madre, por unos seres venidos de Alfa Centauro, por Jesucristo o por Santa Claus. Todas esas falsas esperanzas conducen a la inacción, o al menos a la ineficacia. Una de las razones por las que mi madre nunca abandonó a mi padre golpeador es que en los años cincuenta y sesenta no existían refugios para mujeres maltratadas, pero otra razón es que ella tenía la falsa esperanza de que él pudiera cambiar. Las falsas esperanzas nos atan a situaciones invivibles, y nos ciegan frente a nuestras posibilidades reales.

¿Es que alguien cree realmente que Weyerhaeuser⁴ va a dejar de desforestar si se los pedimos amablemente? ¿Alguien cree de verdad que Monsanto dejará de Monsantoear si se lo pedimos de buena forma? Ay, si al menos hubiera un demócrata en la Casa Blanca, las cosas andarían bien. Si tan sólo se promulgara tal o cual ley, las cosas se arreglarían. ¡Patrañas! Las cosas no se van a arreglar. Ya no están bien, y se pondrán peor. Rápidamente.

Pero las falsas esperanzas no son lo único que mantiene encadenados a los conformistas. Es la esperanza misma. La esperanza, nos dicen, es nuestro faro en la oscuridad, la luz

4. Weyerhaeuser Company es una de las empresas forestales más grandes del mundo. Posee o controla más de 20 millones de hectáreas de bosques en Norteamérica, es uno de los mayores productores de madera y celulosa, y gestiona inmensos negocios inmobiliarios y de construcción habitacional. (N. del t.)

que nos espera al final de un túnel largo y sombrío, el rayo de luz que se abre paso dentro de nuestra celda, nuestra razón para resistir, nuestra defensa contra la desesperación (que debe ser evitada a toda costa). ¿Cómo podríamos seguir adelante si nouviéramos esperanza?

A todos nos han enseñado que si tenemos esperanza en una mejoría futura —por ejemplo, esperanza en un paraíso celestial—, esa esperanza será nuestro refugio frente a la desdicha actual. Seguramente deben acordarse del cuento de Pandora, la que recibió un cofre bien cerrado con la instrucción de no abrirlo jamás pero que, no pudiendo resistir la curiosidad, desobedeció. Al abrir el cofre, de su interior salieron unas cuantas plagas, catástrofes y devastaciones, aunque quizás no en ese orden. Cuando volvió a cerrar el cofre, ya era demasiado tarde, y sólo una cosa quedaba dentro: *la esperanza*. La esperanza, cuenta la historia, era la única cosa buena entre todos los males que el cofre contenía, y hasta nuestros días sigue siendo el único consuelo para esta humanidad desdichada. La historia no dice en ninguna parte que la desdicha se pueda atenuar gracias a la *acción*, ni que en realidad se pueda hacer algo para aliviarla o eliminarla.

Mientras más entiendo la esperanza, más me doy cuenta que desde el principio merecía estar dentro del cofre de Pandora junto con las demás plagas, catástrofes y devastaciones; que su función es servir a los intereses de los poderosos, tanto como les sirve la creencia en un paraíso celestial; que la esperanza no es en realidad más que el modo secularizado de asegurar nuestra obediencia.

La esperanza es, en efecto, una maldición, una pesadilla. Digo esto no sólo en referencia a ese bello aforismo budista, según el cual *la esperanza y el miedo se persiguen mutuamente la cola*, ni sólo porque la esperanza nos abstrae del presente,

sacándonos de quiénes somos y de dónde estamos ahora para llevarnos a un futuro imaginario. No. Me refiero a lo que la esperanza es en sí misma.

Casi todos parloteamos más o menos continuamente acerca de la esperanza. No creerías —o quizás sí— cuántos editores de revistas me han pedido que escriba sobre el apocalipsis, pidiéndome a continuación que le deje a los lectores un atisbo de esperanza. Pero ¿qué es exactamente la esperanza? En una charla que di la primavera pasada alguien me pidió que la definiera. Dirigí la pregunta de vuelta al auditorio, y esta es la definición que ellos dieron: la esperanza es el anhelo de un futuro sobre el cual no tenemos ningún poder. Tener esperanza significa que uno es un ser esencialmente impotente.

No diría, por ejemplo, que *tengo la esperanza de comer algo mañana*. Simplemente comeré. No tengo esperanza en que inhalaré otra bocanada de aire ahora, ni en que terminaré de escribir esta oración. No. Sólo lo hago. Pero por otra parte, sí abrigo la esperanza de que la próxima vez que aborde un avión, éste no se estrelle. Tener esperanza en un resultado cualquiera significa que abdicaste de toda injerencia sobre el mismo. Mucha gente dice tener esperanza en que la cultura dominante deje de asesinar al planeta. Al decir eso, asumen que la destrucción va a proseguir, al menos en el corto plazo, y que han renunciado a su propia capacidad para tomar parte en el esfuerzo por detenerla.

No tengo ninguna esperanza en que el salmón del pacífico sobreviva. En cambio, haré lo que sea para impedir que la cultura dominante lo lleve a la extinción. Si los salmones del pacífico quisieran abandonarnos porque no les gusta nuestro trato —¿quién podría culparlos?— les diría adiós y los echaría de menos... pero si no quieren irse, no permitiré que la civilización los aniquile.

Cuando nos percatamos del grado de injerencia que tenemos en realidad, dejamos de tener “esperanzas” en absoluto. Simplemente hacemos lo que nos toca hacer. Nos aseguramos de que el salmón sobreviva, que sobreviva el perro de la pradera, que se salve el oso grizzly. Hacemos lo que sea necesario.

Cuando perdemos la esperanza en que llegue ayuda de afuera, cuando dejamos de esperar que la situación horrenda en que nos encontramos se resuelva por sí sola de algún modo, cuando dejamos de anhelar que por algún motivo la situación no empeore, sólo entonces nos volvemos libres –genuinamente libres– para empezar a resolverla de manera activa. Yo diría que cuando la esperanza muere, comienza la acción.

A veces la gente me pregunta: “Si las cosas están tan mal, ¿por qué no te matas?”. La respuesta es que la vida me parece en verdad muy buena. Soy un ser lo bastante complejo como para albergar en mi alma la comprensión de que estamos realmente muy cagados, y al mismo tiempo de que la vida es realmente buena. Estoy lleno de rabia, de tristeza, de alegría, de odio, desesperación, felicidad, satisfacción, insatisfacción y mil cosas más. Estamos muy cagados en verdad. Pero la vida sigue siendo buena.

A mucha gente le da miedo sentirse desesperada. Creen que si se permiten percibir cuán desesperada es la situación en realidad, se volverán unos desgraciados sin remedio. Olvidan que es posible sentir muchas cosas a la vez. También olvidan que frente a una situación desesperada, la desesperación es una respuesta muy pertinente. Quizás muchas personas temen que si se permiten darse cuenta de cuán desesperado es el asunto, se verán obligadas a hacer algo al respecto.

Otra pregunta que a veces me hacen es: “Si las cosas están tan mal, ¿por qué simplemente no te vas de juerga? Bien, la primera razón es que no me gusta ir de juerga. La segunda

es que ya me estoy divirtiendo mucho. Amo mi vida. Amo la vida. Esto es verdad para la mayoría de los agitadores que conozco. Estamos haciendo lo que amamos, luchando por lo que amamos y por quienes amamos.

No tengo ninguna paciencia con quienes usan nuestra situación desesperada como una excusa para la inacción. He aprendido que si a la mayoría de ellos los privas de esa excusa en particular, a continuación encuentran otra, y luego otra, y otra más. El uso de excusas para justificar la inacción —el uso de cualquier excusa para justificar la inacción— pone al descubierto ni más ni menos que su incapacidad para amar.

En una de mis presentaciones recientes, durante la ronda de preguntas y respuestas, alguien se puso en pie para declarar que si la gente se vuelve activista es únicamente para poder sentirse mejor consigo misma. La efectividad de sus acciones, dijo, no tiene ninguna importancia, y los que así lo creen son unos egocéntricos.

Le dije que no estaba de acuerdo.

¿El activismo no te hace sentir bien?, preguntó.

Por supuesto, le dije, pero esa no es la razón de por qué lo hago. Si sólo quisiera sentirme bien, simplemente me masturbaría. Pero quiero lograr algo en el mundo real.

¿Por qué?

Porque estoy enamorado. De los salmones, de los árboles afuera de mi ventana, de las lampreas que yacen en el lecho del río, de las frágiles salamandras que reptan entre la maleza. Y cuando amas, actúas para defender lo que amas. Por supuesto que los resultados te importan, pero no determinan si haces o no el esfuerzo. No te limitas a simplemente tener la esperanza de que lo que amas sobreviva y prospere. En lugar de eso,

haces lo que haga falta. Si mi amor no me lleva a proteger lo que amo, entonces no es amor.

Cuando renuncias a la esperanza sucede algo extraordinario: comprendes que nunca te hizo falta en realidad. Te das cuenta que renunciar a la esperanza no te mata, ni siquiera disminuye tu eficacia. De hecho, te hace más eficaz porque dejas de esperar que alguien o algo más resuelva tus problemas: dejas de esperar que tus problemas se resuelvan gracias al auxilio mágico de Dios, de la Gran Madre, del Sierra Club⁵, de los bravos guerreros del bosque, del aguerrido salmón o incluso de la Tierra... y empiezas a hacer lo que haga falta para resolverlos por ti mismo.

El abandono de toda esperanza no sólo no te mata, sino que supone algo incluso mejor: en cierto sentido *sí te mata*. Mueres. Y hay algo estupendo en estar muerto, y es que ellos —los que tienen el poder— ya no pueden alcanzarte. Ni con sus promesas, ni con sus amenazas, ni con su violencia. Una vez que has muerto en este sentido, todavía puedes cantar, bailar, hacer el amor, luchar hasta el último aliento; puedes vivir porque sigues estando vivo, de hecho más vivo de lo que nunca habías estado antes. Te das cuenta que cuando la esperanza muere, el Tú que murió con ella no eras tú, sino que era la parte de ti que dependía de tus explotadores, la parte de ti que creía que de algún modo los explotadores se detendrían voluntariamente, la parte de ti que creía en las mitologías propagadas por tus explotadores para facilitar la explotación. El que muere es ese Tú socialmente construido: el Tú civilizado, fabricado, etiquetado, moldeado. Muere la *víctima*.

¿Quién queda cuando ese Tú ha muerto? Quedas tú. El tú animal. El tú desnudo. El tú vulnerable (e invulnerable). El

5. El Sierra Club es una de las organizaciones ambientalistas más antiguas e influyentes de Norteamérica. (N. del t.)

tú mortal. El tú sobreviviente. El tú que piensa no lo que la cultura le enseñó a pensar, sino lo que piensa por sí mismo. El tú que siente no lo que la cultura le enseñó a sentir, sino lo que siente por sí mismo. El tú que es no lo que la cultura le enseñó a ser, sino lo que es en sí mismo. El tú que es capaz de decir sí, y que es capaz de decir no. El tú que es parte de la tierra donde vives. El tú dispuesto a luchar (o no) para proteger a tu familia. El tú dispuesto a luchar (o no) para proteger a quienes amas. El tú dispuesto a luchar (o no) para proteger la tierra de la que depende tu vida y la de quienes amas. El tú cuya moralidad no depende de lo que esta cultura te enseñó sobre lo que significa matar el planeta y matarte a ti, sino de tus propios sentimientos animales de amor y conexión con tu familia, tus amigos, tu territorio: no esa familia formada por quienes se ven a sí mismos como civilizados, sino esa familia de animales necesitados de un territorio para vivir, animales que están siendo asesinados con químicos, animales que han sido formados y deformados para encajar en los requerimientos de la cultura.

Cuando renuncias a la esperanza –cuando mueres en este sentido, y al morir realmente empiezas a vivir– dejas de ser vulnerable a esa manipulación basada en la racionalidad y el miedo que los nazis imponían a los judíos, que los abusadores como mi padre imponen a sus víctimas, que la cultura dominante impone sobre todos nosotros. ¿O es que los explotadores han condicionado nuestras estructuras físicas, sociales y emocionales a tal punto que sólo podemos aceptar nuestra impotencia y someternos a su manipulación?

Cuando renuncias a la esperanza, la relación entre explotador y víctima se rompe. Te vuelves como los judíos que participaron en el levantamiento del *ghetto* de Varsovia.

Cuando renuncias a la esperanza, le das la espalda al miedo.

Cuando dejas de tener esperanza, y en cambio empiezas a proteger a la gente, las cosas y los lugares que amas, te vuelves muy peligroso para los que detentan el poder.

Y en caso de que te lo estés preguntando, eso es algo muy, muy bueno.

OLVIDÉMONOS DE LAS DUCHAS CORTAS⁶

O POR QUÉ EL CAMBIO PERSONAL NO IMPLICA UN CAMBIO POLÍTICO

¿Acaso alguien en su sano juicio se pondría a reciclar basura para detener a Hitler, o haría compost para acabar con la esclavitud, o para lograr la jornada laboral de ocho horas? ¿Alguien en su sano juicio creería que cortando leña y acarreando agua en baldes se estaría ayudando a liberar a los presos de las cárceles zaristas, o que bailar desnudo alrededor del fuego ayudaría a promulgar la ley de derecho al voto de 1957, o la ley de derechos civiles de 1964? Entonces, ¿por qué ahora, cuando el mundo entero está en juego, hay tanta gente que se refugia en estas “soluciones personales”?

En parte el problema es que hemos sido víctimas de una campaña sistemática de desorientación. La cultura del consumo y la mentalidad capitalista nos han enseñado a sustituir la resistencia política organizada por actos de consumo individual. La película *Una verdad incómoda* ayudó a elevar la conciencia sobre el calentamiento global, pero ¿notaron que todas las soluciones propuestas allí tenían que ver con el consumo personal: usar ampolletas de bajo consumo, inflar bien los neumáticos, reducir el uso del automóvil, etc., y que no

6. La traducción original de este artículo se atribuye al sitio web www.crisisenergetica.org. Hice una corrección de estilo en contraste con el texto original en inglés, que se acerca mucho a una re-traducción. (N. del t.).

tenían nada que ver con quitar el poder a las grandes empresas o parar el crecimiento económico que está destruyendo el planeta? Pero incluso si cada persona en los Estados Unidos hubiese hecho lo que la película sugería, las emisiones de carbono se habrían reducido apenas un 22%. El consenso científico es que hay que reducir al menos el 75% de las emisiones.

O hablemos del agua. Hoy en día oímos con mucha frecuencia que el agua empieza a escasear en el mundo. Está muriendo gente por la falta de agua. Los ríos se están secando. Por eso tenemos que darnos duchas más cortas. ¿Ven la desconexión? *¿Acaso el ducharme me hace responsable del agotamiento de las reservas acuíferas?* Pues no, porque más del 90% del agua que utilizan los seres humanos la consume la agricultura y la industria. El 10 por ciento restante se reparte entre los usos municipales y el consumo de seres humanos de carne y hueso. En conjunto, los campos de golf municipales consumen tanta agua como las personas que habitan los municipios. Los seres vivos (humanos y peces) no se están muriendo porque el mundo se esté quedando sin agua, sino porque el agua está siendo robada.

O Hablemos de energía. Kirkpatrick Sale lo sintetizó bien:

“Es una historia que se ha venido repitiendo en los últimos 15 años: el consumo individual –residencial, automovilístico, y así sucesivamente– representa apenas una cuarta parte del consumo total; la gran mayoría del consumo energético se debe a usos comerciales, industriales, corporativos, gubernamentales y agropecuarios (sin mencionar los usos militares). Por lo tanto, incluso si todos nos trasladásemos en bicicleta y nos calentásemos con estufas a leña, ello tendría un impacto insignificante en el uso de la energía, en el calentamiento global y en la contaminación atmosférica”.

O hablemos de los desechos. En 2005, la producción municipal de basura per capita (básicamente, lo que echamos al basurero en casa) fue de unos 705 kilos en los EE. UU. Supongamos que eres un activista muy exigente y con un estilo de vida muy sencillo y que reduces esta cifra a cero. Reciclas todo, llevas las compras en bolsas de género, reparas tú mismo el tostador, se te asoman los dedos por la punta de las zapatillas. Pues aún así, no es suficiente. Como la basura municipal no sólo incluye los desechos residenciales sino también los de las oficinas públicas y las empresas, digamos que marchas frente a esas oficinas y negocios llevando panfletos a favor de reducir los desechos, hasta convencerles de que eliminen la porción de basura que te corresponde a ti. Vaya, hay malas noticias: la basura municipal apenas supone el 3 por ciento de toda la producción de residuos en los Estados Unidos.

Seamos claros: no estoy diciendo que no debamos vivir de forma más sencilla. Yo mismo vivo de forma razonablemente sencilla, pero no creo que reducir las compras (o conducir menos o no tener hijos) sea un poderoso acto político, o sea algo profundamente revolucionario. No lo es. Cambio personal no equivale a cambio social.

De modo que ¿cómo es que ahora, y hallándose el mundo en una encrucijada, hemos llegado a conformarnos con estas respuestas absolutamente insuficientes? Creo que en parte es porque estamos involucrados en un doble vínculo. Un doble vínculo es cuando se te ofrecen varias opciones, pero sea cual sea la que escojas, siempre pierdes y no tienes la posibilidad de retirarte. A estas alturas, debería resultar bastante fácil reconocer que toda acción que tome como punto de partida la economía industrial es destructiva (no deberíamos hacernos ilusiones de que la energía solar, por ejemplo, nos libre de esto, pues en cada punto de su proceso de producción se requiere de minería e infraestructuras de transporte; y lo mismo puede

decirse de cualquier otra tecnología “verde”). Así que, si elegimos la primera alternativa, si participamos ávidamente en la economía industrial, podemos creer a corto plazo que estamos ganando porque acumulamos riqueza, que es el signo del “éxito” en esta cultura. Pero, en realidad, perdemos, porque al actuar así sacrificamos nuestra empatía, nuestra humanidad animal. Y perdemos sobre todo porque la civilización industrial está acabando con el planeta, lo cual significa que todo el mundo pierde. Si elegimos la segunda opción, la “alternativa” de vivir con más sencillez, haciendo menos daño pero sin poder evitar que la economía industrial acabe con el planeta, a corto plazo podemos llegar a pensar que estamos ganando, porque nos sentimos más puros e incluso no tenemos que sacrificar toda nuestra empatía (sólo una parte de ella, lo suficiente para justificar que no se detenga el horror). Pero también en este caso perdemos, porque la civilización industrial sigue destruyendo el planeta, lo cual significa que todos perdemos. La tercera opción, que consiste en actuar de forma decisiva con tal de paralizar la economía industrial, genera mucho miedo por varias razones, entre ellas que perderíamos algunos de los lujos a los que nos hemos acostumbrado desde que nacimos (como la electricidad), y que aquellos que están en el poder podrían tratar de matarnos si actuamos seriamente para obstaculizar su capacidad de explotar al mundo. Pese a todo, ninguna de estas razones cambia el hecho de que esta opción es mucho mejor que la de acabar en un planeta muerto.

Considerar la vida sencilla como un acto político (en vez de verla como una opción meramente personal) es problemático por varias razones, además del hecho de que no puede producir el tipo de cambios que hacen falta para evitar que esta cultura aniquile el planeta. La primera razón es que está basada en la creencia errónea de que los seres humanos siempre y necesariamente dañan su entorno. Los que proclaman

la vida sencilla como un acto político se limitan, por tanto, a apenas tratar de reducir el daño, ignorando que los seres humanos, así como pueden dañar la Tierra, también pueden sanarla. Podemos restaurar los cursos de agua, podemos eliminar los efluentes invasivos, podemos eliminar las represas, podemos trastocar el sistema político que sirve a los intereses de los ricos y de una economía extractiva. Podemos destruir el sistema económico que está devastando el mundo real y físico. El segundo problema del punto de vista que estamos criticando —y éste es un problema mayor— es que le echa la culpa a las personas, y muy especialmente a los más desfavorecidos, en vez de adjudicársela a aquellos que realmente detentan el poder en este sistema, y al sistema en sí. Kirkpatrick de nuevo:

“La culpabilización absolutamente individualista del qué-puedes-hacer-tú-para-salvar-la-tierra es un mito. Nosotros, como individuos, no hemos creado la crisis y no podemos resolverla.”

El tercer problema es que con esta visión aceptamos que el capitalismo nos redefina, ya no como ciudadanos sino como consumidores. Al aceptar esta redefinición, nuestras posibles formas de resistencia quedan reducidas a consumir o no consumir. Los ciudadanos tenemos muchas más tácticas de resistencia a nuestra disposición, incluyendo el votar, o no votar, postular a cargos, difundir panfletos, hacer boicots, organizarnos, agruparnos, protestar y, cuando un gobierno atente contra la vida o la libertad y contra la búsqueda de la felicidad, tenemos el derecho de cambiarlo o abolirlo.

El cuarto problema es que detrás de la vida sencilla entendida como acto político, subyace una lógica suicida. Si resulta que cada uno de nuestros actos en la economía industrial tiene un carácter destructivo; si además queremos frenar esa destrucción pero no tenemos la voluntad, o somos incapaces

de cuestionar (y menos de destruir) las infraestructuras intelectuales, morales, económicas o físicas que hacen que nuestros actos en el entorno industrial sean destructivos, entonces se puede llegar a creer que causaremos la menor destrucción posible... si morimos.

La buena noticia es que hay otras opciones. Podemos seguir los ejemplos de los valerosos militantes que vivieron en tiempos difíciles. He mencionado la Alemania nazi, la Rusia zarista, a los pacifistas estadounidenses, quienes hicieron mucho más que manifestar su pureza moral: todos ellos se opusieron activamente a las injusticias que les rodeaban. Podemos seguir el ejemplo de aquellos que sabían en qué consiste ser un activista: no consiste en desenvolverse dentro de la opresión con tanta integridad como sea posible, sino en enfrentarse a ella y destruirla.

PROGRESO, POR SOBRE TODO

¿QUÉ VA A QUEDAR CUANDO AL FINAL TODO SE VENGA ABAJO?

¿Por qué hemos llegado a asumir que el “progreso” siempre es bueno? El tratamiento dado por los nazis a los judíos progresó hacia una solución final. Y muchos individuos judíos progresaron en una dirección bien definida: obtuvieron una tarjeta de identificación, se mudaron a un ghetto, se subieron a un tren de carga, ingresaron a un campo de concentración, realizaron trabajos forzados, entraron a una cámara de gas, fueron metidos en un horno, se elevaron hacia el cielo convertidos en humo y volvieron al suelo convertidos en cenizas.

Un acosador puede progresar de una etapa a otra, empezando con e-mails, pasando a hacer llamadas telefónicas, mudándose al barrio de la víctima, acechando los lugares que ésta frecuenta, irrumpiendo en su casa. El cáncer puede progresar, y a menudo lo hace. Las adicciones, incluidas las adicciones culturales, pueden progresar, y con frecuencia progresan.

Esto no significa que el progreso no pueda ser bueno. Una amistad o una relación amorosa pueden progresar con tanta certeza como una relación de abuso —el afecto que sientes crece al pasar el tiempo, llevando a una familiaridad y comodidad más profundas a medida que la relación madura.

En muchos casos, el progreso es bueno para unos y malo para otros. Para los ejecutores del holocausto nazi, el progreso

tecnológico que permitió el asesinato más eficiente de innumerables seres humanos fue “bueno”, “útil” o “beneficioso”. Desde el punto de vista de las víctimas, ese mismo progreso no fue tan bueno. Para los ejecutores del holocausto norteamericano, el desarrollo del ferrocarril que permitió transportar hombres y máquinas fue algo “bueno”, “útil” y “beneficioso”. Desde el punto de vista de los indios Navajo, Dakota, Hopi, Modoc, Squamish y otros, no fue tan bueno. Desde la perspectiva del bisonte, del perro de la pradera, del lobo, del pino Oregón, del bosque de secuoya y de otros, no fue tan bueno.

En 1970 Lewis Mumford escribió:

“La principal premisa que subyace tanto a la tecnología como a la ciencia es la noción de que no hay límites deseables para el incremento del saber, de los bienes materiales, del control sobre el ambiente; que la productividad cuantitativa es un fin en sí mismos, que se deben emplear todos los medios para llevar aún más lejos esa expansión”.

Mumford formuló la misma pregunta que tantos de nosotros nos hacemos: ¿por qué demonios una cultura hace tantas cosas locas, estúpidas y destructivas? Su respuesta desmenuza la basura cornucopiana⁷ habitual:

“La recompensa que se espera de esta magia es no sólo la abundancia, sino el control absoluto”. Mumford sabía —como sabemos nosotros— que no había ninguna esperanza en proceder “respetando los términos impuestos por la sociedad tecnocrática”. Pensaba que cambiar el mundo no sería

7. Cornucopianos es el nombre dado a los ambientalistas que creen posible resolver los problemas ambientales con medidas técnicas. En este enfoque antropocéntrico es el interés humano lo que guía el criterio valorativo de la relación entre la sociedad humana y su ambiente. Los cornucopianos están estrechamente ligados a la defensa de la economía de libre mercado. (N. del t.)

fácil, y que en cambio haría falta “un tratamiento de choque a gran escala, próximo a la catástrofe, para socavar la psicosis crónica del hombre civilizado”. Y no era optimista: “Incluso un despertar tardío como ése sería un milagro”.

Hoy en día la mayoría de la gente no ha despertado del Culto al Progreso. Aun cuando el mundo es despedazado frente a sus propios ojos, la mayoría de las figuras públicas siguen siendo adeptos de ese culto. Y lo mismo es cierto para muchas personas no públicas —la mayoría de nosotros—, en la medida que parecemos asumir indiscutidamente que el progreso de mañana traerá más cosas buenas a nuestra vida, al tiempo que resolverá los problemas creados por el progreso de ayer y de hoy (sin crear a su vez más problemas, como parece ser siempre el caso).

Para aquellos que se benefician de él, de lo que se trata el progreso es de mejorar su vida material a costa de aquellos a quienes esclavizan, roban o explotan. Para todos los demás, se trata de una pérdida.

Progreso. En grandes franjas del océano pacífico, hay cuarenta veces más plástico que fitoplancton.

Progreso. Un millón de aves migratorias mueren diariamente a causa de los rascacielos, antenas de telefonía celular, gatos domésticos y otras trampas de la vida civilizada.

Progreso. Medio millón de niños humanos mueren al año como consecuencia directa del pago de la llamada deuda externa de los llamados países del Tercer mundo (las colonias) a los llamados países del Primer Mundo (los países que han alcanzado el progreso).

Progreso es que los osos polares naden cientos de kilómetros en busca de témpanos de hielo que ya se han derretido, hasta que ya no pueden seguir nadando. Progreso son las

armas nucleares, el uranio empobrecido, y los “drones” piloteados desde Florida para matar gente en Pakistán. Progreso es la capacidad de cada vez menos personas para controlar a cada vez más personas, y para destruir porciones cada vez mayores del planeta. El progreso es un dios. El progreso es Dios. El progreso está matando este mundo.

El biólogo evolucionista Richard Dawkins dijo que la pretensión de verdad de la ciencia se basa en su “prodigiosa capacidad para hacerse obedecer por la materia y la energía”. El antropólogo Leslie White decía que “la principal función de la cultura” es “someter y controlar la energía”. Puesto en términos bastante simples, esta cultura existe para esclavizar todo y a todos los que estén al alcance de sus manos (o de sus máquinas). ¿De qué otra forma se puede hacer obedecer a alguien? Esclavización. En esta cultura, el progreso se mide según la habilidad para esclavizar y controlar, y para hacerlo de forma cada vez más eficiente. El objetivo último es controlarlo todo y a todos.

Ya sé, ya sé. Puedo oír a los adeptos del culto gritando: “Si el progreso es tan malo, ¿por qué todos lo desean?”. Bueno, en realidad no lo desean. Claramente, los seres no humanos no lo desean, pero ellos no cuentan. Sólo están ahí para que podamos usarlos. Muchos humanos no desean el progreso, tampoco. O al menos no lo deseaban cuando sus estructuras sociales todavía estaban intactas. Es por eso que tantos pueblos indígenas han tomado las armas en defensa de sus formas de vida. A menudo pienso en algo que escribió Samuel Huntington: “Occidente conquistó el mundo no por la superioridad de sus ideas, de sus valores o de su religión (que fueron adoptados por muy pocos miembros de otras civilizaciones), sino por su superioridad en aplicar la violencia organizada. Los occidentales olvidan este hecho con frecuencia. Los no occidentales nunca lo olvidan”.

Parte del problema es que el progreso puede resultar no sólo seductor, sino también adictivo. Mi diccionario define adicción como el acto de “vincularse, adherirse o entregarse en calidad de sirviente, discípulo o devoto”. En la ley romana, una adicción era la “entrega o traspaso hecho por sentencia de un tribunal, de lo que se sigue, la rendición o dedicación de cualquiera a un amo”. Ser adicto es ser un esclavo. Ser esclavo es ser un adicto. La heroína deja de servir al adicto, y el adicto empieza a servir a la heroína. Podemos afirmar lo mismo del progreso. No nos sirve, sino que nosotros le servimos a él.

Toda adicción tiene su atractivo. Hace poco tuve largas conversaciones con gente que había consumido mucho crack. Las descripciones que hacían del efecto de la droga eran coincidentes con lo que había oído de mis estudiantes en una prisión de máxima seguridad. Las personas que han usado crack afirman, casi sin excepción, que esta sustancia les hace sentir extremadamente bien, poderosos e invencibles. Tales descripciones de la volada hacen parecer el crack tremendamente llamativo. Desgraciadamente la volada no dura mucho, y cuando vuelves a bajar no sólo te sientes miserable, sino que inmediatamente empiezas a buscar otra dosis.

Los adictos graves son capaces de sacrificarlo todo por su adicción. Mis estudiantes habían perdido su libertad, algunos de ellos por el resto de sus días. La mayoría de ellos habían perdido a sus familias por su adicción. E incluso después de pasar por aquello, muchos de ellos me decían que si les hubiese puesto enfrente un trozo de crack, de algún modo se las habrían arreglado para fumárselo. La adicción al progreso que padece nuestra cultura va muchísimo más lejos que cualquier adicción química individual. Es más poderosa que el deseo de mucha gente de vivir en un planeta habitable.

Progreso es duchas calientes (que requieren minería, manufactura e infraestructuras energéticas). Progreso es computadoras (que requieren minería, manufactura e infraestructuras energéticas, y que son utilizadas mucho más eficazmente por los detentadores del poder que por nosotros). Progreso es internet, que nos permite comunicarnos instantáneamente con seres queridos que están lejos (y que requiere minería, manufactura e infraestructuras energéticas, y que son utilizadas mucho más eficazmente por los detentadores del poder que por nosotros). Progreso es supermercados, que requieren de producción alimentaria industrial (que a su vez requiere minería, manufactura e infraestructuras energéticas, agrícolas y químicas, y que son controladas por empresas cada vez más gigantescas).

En otras circunstancias, me conformaría con disponer de un rincón seguro donde calentar mis huesos. Pero las circunstancias son éstas, y en estas circunstancias, prefiero disponer de un planeta habitable.

VIVIR O NO VIVIR

LOS PELIGROS DEL HEROÍSMO TRÁGICO

¿Te has percatado alguna vez de cuántas excusas nos inventamos para no actuar en defensa de este mundo? Por supuesto, todos tenemos mensajes que enviar y correos electrónicos que responder, a todos nos falta tiempo, y los problemas que hay son tan grandes y [*inserta tu mejor excusa aquí*]. Sin embargo, últimamente he descubierto una excusa especialmente irritante que mucha gente ofrece para no hacer nada: dicen que es demasiado tarde, que el calentamiento global ha alcanzado un punto sin retorno, y que, considerando cuánto tardaría una reducción de las emisiones de carbono en revertir las elevadas temperaturas, ya estamos condenados, así que... ¿qué sentido tiene luchar de cualquier forma?

Esta pose pseudo-trágica me enfurece. Pero lo que más me enfurece es que este razonamiento se haya vuelto tan común. Me lo encuentro a cada rato. Sin ir más lejos, en cuanto acabé de escribir esa última frase —no lo estoy inventando— recibí un correo electrónico con estas palabras:

“Las soluciones son inadecuadas, fútiles, y llegan demasiado tarde. Me gustaría que la gente admita esto en lugar de agitarse en pos de un último esfuerzo desesperado... Mientras hablan del agotamiento del petróleo y del agotamiento de la civilización, estamos ante un agotamiento de la vida.

Tres mil millones de años para las cianobacterias, quinientos millones para formas de vida cada vez más complejas, y un breve toque final para unos humanos demasiado inteligentes. Los humanos hemos venido a demostrar que la vida inteligente es insostenible, quizás estemos gatillando la vuelta atrás de la complejización de la vida y devolviendo el planeta hacia su pasado microbiano”.

Y mientras terminaba de copiar la frase en este párrafo, recibí otro mensaje similar.

La idea de que los humanos somos la forma de vida más avanzada (y que todas las demás están en segundo plano) lleva al engreimiento, que a su vez lleva a cometer atrocidades contra los seres (o, de acuerdo con esta formulación, contra las cosas) que parecen constituir formas de vida inferiores. Y, como sea, ¿qué forma de vida avanzada destruiría ostensiblemente su propio hábitat y luego se cruzaría de brazos justo cuando más necesita actuar para revertir esa destrucción?

No estoy para nada convencido de que los seres humanos sean mucho más inteligentes que los loros, pulpos, salmones, árboles, piedras y así sucesivamente; pero incluso si crees que los humanos son más inteligentes, eso no cambia el hecho de que los Tolowa vivieron en el mismo sitio que yo durante 12.500 años sin destruirlo. Odio pensar que si los Tolowa no arruinaron la tierra es porque no fueron lo bastante inteligentes para hacerlo.

Pero hay otro argumento que quiero exponer aquí, relacionado con la pose trágica. En su libro *La comedia de la supervivencia*, Joseph Meeker sostiene que a lo largo del tiempo las distintas culturas humanas han creado comedias, pero sólo la civilización ha creado el género trágico. En efecto, podría decirse que la tragedia es el error trágico de esta cultura. Un error trágico, como quizás recuerdes, es una falla en el carácter

del protagonista que le conduce a la ruina. La falla puede ser la indecisión, el orgullo, los celos, etc. La cuestión es que el personaje no puede o no quiere examinar y superar su error y, al menos desde mi punto de vista, es esta negativa y no el error en sí mismo lo que le hace caer. Toda tragedia supone la inevitabilidad, lo cual supone una incapacidad para escoger. Como apunta cierta definición: “El comportamiento trágico supone que el cambio no es posible y defiende esta suposición hasta la muerte”.

Siempre he encontrado las tragedias clásicas como Hamlet u Otelu más frustrantes que catárticas. Quiero decir, si tu conducta te está llevando a ti y a quienes te rodean a la ruina, ¿por qué simplemente no la cambias? ¿Por qué aferrarse firmemente a un error de tu carácter que te está matando a ti y a quienes amas? El “héroe” trágico se percata de su error fatal sólo cuando ya es demasiado tarde. Me interesa más detener la tragedia antes que sea demasiado tarde, que sentirme apenado o conmovido por aquellos que no pudieron o no quisieron modificar su conducta destructiva. Lo peor de esta cultura-humana-como-narrativa-del-héroe-trágico es que la falla no consiste en algo innoble como codicia, lujuria, celos o siquiera indecisión. En cambio, el error trágico que esta cultura se atribuye es la inteligencia. Ocurre, sencillamente, que somos demasiado inteligentes para permitir que la vida continúe en este planeta. Y por supuesto no podemos cambiar, así que no se puede hacer nada. Que fluyan las lágrimas, que caiga el telón.

No me interesa.

En primer lugar, la premisa de que la inteligencia sería la causa de la destrucción del planeta es inexacta y absurda. Segundo: la destrucción del planeta es resultado de comportamientos – que se pueden cambiar – y de infraestructuras – que

se pueden destruir. No hay nada inevitable en ello. Tampoco creo que el calentamiento global haya alcanzado un punto sin retorno. Hay muchas opciones que probar antes de eso, como la desindustrialización. Personas como James Lovelock (quien predijo que a fines del siglo veintiuno “miles de millones de nosotros morirán y los pocos sobrevivientes residirán en el ártico, donde el clima será más tolerable”) han empezado a darse cuenta de que esta cultura, si no corrige el rumbo, va a destruir el planeta. Y bien, si esta cultura va a destruir el planeta, parece que es tiempo que nos pongamos manos a la obra y hagamos lo que sea necesario para evitarlo —en lugar de esconder la cabeza en la arena. La mejor garantía de que no haya ninguna solución es afirmar que ya es demasiado tarde, y no contribuir a la supervivencia del mundo tal como lo conocemos, con tiburones duende, con peces lápiz, donde los murciélagos revolotean de noche y las mariposas y abejorros iluminan los días.

Mi amiga la activista Dakota Waziyatawin dijo una vez:

“Esa actitud derrotista me da ganas de gritar. Afrontamos batallas abrumadoras, pero sabemos que las cosas no van a mejorar si no hacemos nada. Nuestra única esperanza es que una cantidad suficiente de personas intervengan y pasen a la acción, gente que esté dispuesta a arriesgar algo ahora para que más tarde no lo perdamos todo. Lo único que me hace sentir con más poder es emprender algún tipo de acción, ya sea escribir, tratar de debilitar las estructuras existente o sentarme en la pradera con un hombre Dakota para tratar de salvar nuestro territorio”.

Y continuó:

“Si nuestras acciones no sirvieran para nada, ¿para qué querría uno seguir viviendo? Esa clase de desesperanza, en el sentido derrotista, implica aferrarse a la victimización y

la impotencia. Acá los salmones tienes mucho que enseñarnos: o se abren camino río arriba para desovar, o mueren intentándolo”.

Si nuestros actos nos dan aunque sea una milésima parte del uno por ciento de probabilidades de mejorar las cosas para nosotros y para el planeta, es nuestro deber moral actuar, actuar y actuar. Antes que sea demasiado tarde.

¿Soy optimista? En lo más mínimo. ¿Me voy a rendir? De ninguna manera.

EL MUNDO EN LA MIRA

O ¿QUÉ HAY DE MALO EN EL MOVIMIENTO POR LA SIMPLICIDAD VOLUNTARIA?

Hace unos meses en un encuentro de activistas alguien hizo esta pregunta: “Si realmente nuestro mundo se enfrenta a la amenaza de catástrofe ambiental, ¿cómo puedo vivir mi vida ahora?”

Por algunas razones, la pregunta me quedó dando vueltas. Primero, porque se trata de *el* mundo, no de *nuestro* mundo. La idea de que el mundo nos pertenece —en vez de pertenecer nosotros a él— es una buena parte del problema.

En segundo lugar, porque esta es con mucho la única pregunta que se formula en los medios masivos (e incluso entre algunos ambientalistas) en relación con el estado del mundo y nuestra respuesta a él. La expresión “green living”⁸ arroja 7.250.000 entradas en Google: más que Mick Jagger y Keith Richards sumados (o, para ponerlo de otra forma: mil veces más que los cruciales filósofos ambientalistas John A. Livingston y Neil Evernden sumados). Si entras a los sitios web que aparecen, encuentras exactamente lo que esperabas: cosas como “La Guía Verde: Compra, Ahorra, Economiza”, “Soluciones personales para todos” y “Guía del papel higiénico para el consumidor”.

8. La expresión “green living” es un lugar común cuyo equivalente en castellano sería “vivir sustentable” o “vivir ecológicamente”. (N. del t.)

La tercera y más importante razón de que la pregunta se me haya quedado revoloteando es que se trata, precisamente, de la pregunta equivocada. Para entender por qué es la pregunta equivocada, podemos partir buscando cuáles son las preguntas correctas. Esto es tremendamente importante, porque hallar las respuestas correctas a las preguntas equivocadas no nos servirá de mucho.

De modo que, parte del problema es que la expresión “enfrentamos la amenaza de catástrofe ambiental” hace parecer como si el problema fuera la catástrofe ambiental. Pero no lo es. Ése es sólo un síntoma, un efecto, pero no una causa. Piensa en el calentamiento global y en los intentos de “solucionarlo”, “detenerlo” o “mitigarlo”. El calentamiento global (o catástrofe climática global, como acertadamente lo llaman algunos), con lo terrorífico que pueda ser, no constituye la primera ni la principal amenaza. Es una consecuencia. No digo que la ocotona americana no se esté extinguiendo, o que los casquetes de hielo no se estén fundiendo, o que los patrones climáticos no estén cambiando... pero culpar al calentamiento global por estos desastres es como culpar a la bala por la muerte de alguien que ha sido tiroteado. Tampoco estoy diciendo que no deberíamos esforzarnos por solucionar, detener o mitigar la catástrofe climática global; sólo estoy diciendo que tendremos más posibilidades de resolver el problema si reconocemos que es un resultado predecible (a estas alturas) de la combustión de petróleo y de gas, de la deforestación, de la construcción de represas, de la agricultura industrial, y así sucesivamente. Todo esto es lo que constituye la verdadera amenaza.

Lo mismo se puede afirmar del colapso ecológico a escala mundial. La industria forestal destruye los bosques. ¿Cómo sorprenderse de que la extracción forestal destruya las comunidades selváticas (plantas y animales, hongos, ríos, suelos, etc.)? Ya lo hemos visto suceder un par de veces antes. Cuando pien-

sas en Irak, ¿acaso evocas bosques de cedros tan tupidos que la luz del sol nunca ilumina el suelo? Así era antes de que se pusiera en marcha la actual cultura extractiva; uno de los primeros mitos escritos de esta cultura nos muestra a Gilgamesh desforestando las planicies y colinas de Irak para construir ciudades. Grecia también contaba con abundantes bosques; Platón se quejaba de que la deforestación dañaba la calidad del agua (y estoy seguro de que los inspectores atenienses de la calidad del agua deben haber dicho lo mismo que dicen los inspectores actuales: debemos estudiar más a fondo el problema para estar seguros de cuál es la causa). Pensar que una cultura puede desforestar y aun así esperar que se sostengan las comunidades selváticas, es tener un pensamiento mágico.

Sucede lo mismo con los ríos. Hay dos millones de represas sólo en Estados Unidos, donde 70 mil represas tienen más de dos metros de altura y 60 mil superan los cuatro metros. ¿Y nos preguntamos por qué han colapsado las comunidades de peces nativos? El mismo ejercicio se puede repetir a propósito de las praderas, más golpeadas por la agricultura que los bosques por la extracción forestal; en relación con los océanos, donde hay diez veces más volumen de plástico que de fitoplancton (si los bosques estuvieran así de plastificados, estarían sepultados bajo treinta metros de espuma); para las aves migratorias, diezmadas por todo tipo de cosas, desde pesticidas hasta rascacielos; y así sucesivamente.

El punto es que el colapso ecológico global no es una amenaza externa e impredecible que tengamos que afrontar. Esto no quiere decir que no estemos en peligro; es sólo que sería bueno que lo identificáramos correctamente. Si nos referimos al salmón, al esturión, al río Columbia, a las aves migratorias, a los anfibios... entonces la amenaza es la civilización industrial.

Un segundo aspecto del problema es que la pregunta asume que nos enfrentamos a una amenaza futura —que la catástrofe aún no se ha producido. Pero el Horror ya se ha desatado. Pregúntenles a las palomas migratorias. Pregúntenle al chorlo polar. Pregúnteles a las grandes alcas. Pregúntenles a los pueblos indígenas de casi cualquier parte del mundo. No estamos ante una catástrofe potencial, sino ante una que se inició hace ya mucho tiempo.

El mayor problema con la metáfora en cuestión es que en definitiva la pregunta que plantea es: “¿y ahora cómo viviré mi vida?”. Abordémoslo paso a paso. Ya vimos en qué consiste el peligro: es toda esta cultura extractiva que ha estado desforestando, despoblando el océano, secando los ríos, quemando petróleo, saqueando y destruyendo desde sus comienzos. Sabemos que esta cultura ya ha aniquilado a muchos seres queridos, desde la mariposa del castaño hasta el loro de Carolina, y que ahora pretende aniquilar y está aniquilando a muchos otros, como los tigres siberianos, los lagartos de la India, océanos enteros y, de hecho, el mundo entero, que nos incluye a nosotros. Si nos tomamos literalmente esta metáfora, entenderemos por qué la pregunta —formulada con más frecuencia que casi ninguna otra— es tan errónea. Si alguien estuviera arrasando tu hogar, asesinando uno por uno a los miembros de tu familia (y además, a todos ellos), ¿acaso la pregunta que te quita el sueño sería: “cómo voy a vivir mi vida ahora”? No puedo hablar por ti, pero la pregunta que yo estaría haciendo sería ésta: ¿cómo desarmo o elimino a estos psicópatas? ¿Cómo los detengo, usando todos los medios que sean necesarios?

Así llegamos al meollo del asunto. A los que vengan después de nosotros, a los que hereden lo que quede del mundo una vez que esta cultura se termine —ya sea por el agotamiento del petróleo, el colapso económico, el desastre ecológico o los

esfuerzos de hombres y mujeres valientes que luchen aliados con el mundo natural— no les va a importar cómo hayamos vivido nuestras vidas. Les tendrá sin cuidado con cuánto ahínco lo hayamos intentado. No les va a importar si fuimos buenas personas. Les dará lo mismo si fuimos violentos o no violentos. No les importará si lamentamos la destrucción del planeta. No les importará si estábamos iluminados o no. Les será indiferente qué tipo de excusas nos inventamos para no hacer nada (como “estoy demasiado estresado para pensar en eso”, o “es demasiado complejo y terrible”, o “estoy muy ocupado” o cualquiera de las miles de excusas que todos hemos oído tantas veces). No les importará con cuánta simplicidad vivimos. Ni cuán puros fueron nuestros actos o pensamientos. No les importará si nosotros fuimos el cambio que queríamos ver.

Les dará lo mismo si votamos por los demócratas o los republicanos, los verdes o los libertarios, o si no votamos por nadie. No les va a importar si escribimos libros realmente buenos sobre el tema. Ni si tuvimos compasión por los gerentes y políticos que administran esta economía asesina. Lo que les va a importar es si pueden o no respirar el aire y beber el agua. Les importará si la tierra está lo bastante sana como para poder sostenerlos.

Podemos fantasear todo lo que queramos acerca de un gran giro en la situación, pero si la gente (incluyendo a la gente no humana) se ve impedida de respirar, todo eso da lo mismo. Lo único que importa es que detengamos a esta sociedad antes que destruya la vida del planeta. Es vergonzoso hasta tener que decirlo. La tierra es la fuente de todo. Sin tierra no hay sistema económico, no hay espiritualidad, no hay ni siquiera la posibilidad de formular esta pregunta. Sin tierra, nadie puede hacer preguntas.

¿Qué preguntaría yo, en cambio? Y si, en vez de preguntar “¿cómo viviré mi vida?” la gente le preguntara a la tierra que les cobija y sostiene: “¿qué puedo y tengo que hacer para ser tu aliado, para ayudar a protegerte de esta sociedad? ¿Qué podemos hacer juntos para impedir que esta sociedad te destruya?”. Si haces esa pregunta, y si escuchas, la tierra te dirá lo que necesita. Así que la única pregunta verdadera es: ¿estás dispuesta a hacerlo?

CONTRA PROMETEO

ENTREVISTA CON FRANK JOSEPH SMECKER

Frank Joseph Smecker: En tus escritos afirmas que esta cultura está destruyendo el planeta: extinción de especies, continentes enteros desforestados, desaparición del 90% de los grandes peces de los océanos, calentamiento global... son algunas de las nefastas consecuencias de la civilización industrial. ¿Cómo ha contribuido la filosofía a todo esto, modelando el comportamiento que nos condujo a esta situación desesperada?

Derrick Jensen: Las historias que nos cuentan condicionan la forma en que percibimos el mundo, lo que a su vez condiciona la manera en que lo experimentamos. R.D. Laing escribió una vez que es nuestra experiencia del mundo lo que da forma a nuestra conducta. Si el mundo se nos aparece como un conjunto de recursos explotables, lo más probable es que lo explotemos. Por ejemplo, si percibes un árbol como una cantidad de dólares, verás y tratarás a los árboles de una determinada manera; si los percibes como árboles, como lo que son —como seres con quienes estar en comunión— entonces los verás y los tratarás de otra forma. Hacer filosofía es relatar el mundo de una cierta manera.

FJS: ¿Dirías que los relatos e ideas introducidas por los filósofos y otros ideólogos occidentales y que han influido

sobre el comportamiento de la cultura dominante, hoy en día están siendo perpetuados por otros medios?

DJ: Absolutamente. Los medios de masas y las entretenimientos actuales siguen ofreciendo relatos que condicionan nuestra conducta. Toma por ejemplo esa nueva serie de televisión, “Betty la fea”. Es cruel, y en última instancia influye sobre el modo en que esta sociedad percibe y trata a las mujeres. Personalmente, creo que ella es bastante bonita, y si tuviera que darle una de esas puntuaciones que cosifican a las mujeres, le daría fácilmente un seis sobre diez; pero basta con encajarle unos lentes y frenillos y esta cultura ya te está diciendo que es fea. Lo que quiero decir es que en Hollywood, incluso una persona que es explícitamente etiquetada como “Betty la fea” sigue siendo razonablemente atractiva. ¿Cómo afectan las imágenes de mujeres que esta cultura difunde, a la percepción que todos tenemos de las mujeres? Los diarios también son responsables. Por ejemplo, hace poco leí un artículo en un diario sobre la disminución de la población de una cierta especie de ranas, y el titular del artículo decía algo así como: “Otra rana cantaría...” Eso es trivializar el problema... ¡bromear acerca de la extinción de una especie! ¿Y qué hay de los salmones que se están extinguiendo? En esta cultura, si los salmones no dan beneficios económicos, entonces ¿de qué sirven? Esta actitud parece ser una expresión de odio y narcisismo. En mi libro *Endgame* explico cómo las narrativas que se nos cuentan condicionan la forma en que vivimos. Si durante toda tu vida te dicen que sólo sobreviven los que tienen más éxito en dominar a los demás; que los seres no humanos no tienen deseos propios y están aquí para que los usemos; que los Estados Unidos buscan lo mejor para ti; que los que detentan el poder son depositarios de un valor ético y moral inherente; que los árboles y montañas son recursos que explotar, terminarás creyendo en todo eso y te comportarás de una determinada forma en

el mundo. Pero si las historias que te cuentan son diferentes, vas a creer y actuar de un modo muy distinto. Si desde pequeño te hubieran dicho que la caca de perro tiene buen sabor, eso habría afectado tu comportamiento. Lo que intento decir es que si alguien te hubiera contado una historia tras otra exaltando las virtudes de comer caca de perro desde que eras un niño, habrías crecido creyéndolas. Y tarde o temprano, al ser expuesto a otros alimentos, descubrirías que la mierda de perro no sabía tan bien. Pero si te aferras con mucho ahínco a esas historias sobre la caca de perro —es decir, si tu enculturación ha sido tan poderosa que te encanta ingerirla— esa dieta te hará enfermarte o te matará. Pongamos un ejemplo menos bizarro y sustituyamos la caca de perro por pesticidas, o, en ese caso, por Big Mac, Whopper, o Coca Cola. Finalmente la realidad física triunfa sobre la narrativa. Lo que pasa es que puede demorarse mucho tiempo.

FJS: Con frecuencia dices que la cultura dominante ha despojado al mundo de su subjetividad; ¿cómo influye esto en nuestro comportamiento? Y si las historias que nos cuentan nos inculcan una percepción objetivada del mundo y de quienes nos rodean, ¿cómo rompemos esos lentes para empezar a percibir el mundo tal como es: una matriz de relaciones subjetivas con la cual estar en comunión?

DJ: Si no percibes la existencia fundamental de los otros (esto es, animales no humanos, árboles, montañas, ríos, rocas, etc.), o en algunos sentidos no percibes ni siquiera su existencia misma, no hay nada que uno pueda decir o escribir para convencerte. Ninguna evidencia te va a convencer porque, como ya mencioné, no serás capaz de percibirlo, o más exactamente, no te permitirás a ti mismo percibirlo. No importa lo bien que yo escriba: si nunca has hecho el amor, no puedo describirte adecuadamente lo que se siente al hacerlo. Es más: si perseveras en que no existe tal cosa como hacer el amor,

no hay duda de que jamás podré hacerte entender cómo se siente hacerlo. De modo similar, no puedo describirle el color verde a alguien que nació ciego, y menos si porfía en que el verde no existe ni puede existir; ni tampoco a alguien que está seguro de que filósofos como Aristóteles, Descartes y Dawkins han demostrado de forma concluyente que el verde no existe, no puede existir, nunca ha existido y nunca existirá; ni a quien se encuentra subyugado por unos sistemas económicos y legales que están profundamente asentados en la certeza de que el verde no existe; ni a quien es incapaz de reconocer que esta cultura colapsaría si sus miembros percibieran, individual y/o colectivamente este verde al que no se permite existir. Si pudiera describirte el color verde, lo haría. Te sacaría, como dice R.D. Laing, de tu percepción miserable. Y serías capaz de percibir el color verde. O algún otro te sacaría de tu mente mezquina. Ciertamente no tengo por qué ser yo quien lo haga. No se trata de mí. Se trata de ti. Ni siquiera se trata de tu experiencia tal como la has percibido. De lo que se trata es de tu percepción estrecha, y cómo salirte de ella. Y más allá de eso, de lo que se trata finalmente es de tu experiencia.

FJS: Así que “ver el verde”, figurativamente hablando, significa experimentar el mundo de manera personal, emocionalmente, convivencialmente y en reciprocidad con los demás seres, en vez de experimentarlo como una serie de verdades objetivas útiles para obtener ganancias materiales o informacionales, o como un mero protocolo para mantener el *status quo*... ¿no es así?

DJ: Exactamente. Esta cultura se basa en la suposición de que el mundo entero carece de volición, de que es un mundo meramente mecánico y por lo tanto predecible. La existencia de aquello que es obstinadamente impredecible destruye una premisa fundacional de esta cultura, así como también invalida la ontología, la epistemología y las filosofías de esta

cultura, y muestra lo que son en realidad: mentiras sobre las que se erige este omnicida sistema de explotación, robo y asesinato; es mucho más fácil explotar, robar o matar a alguien si supones que no tiene una existencia propia significativa (sobre todo si hay toda una ontología, una epistemología y una filosofía que te respaldan); de hecho, esa suposición te da el derecho, e incluso te impone el deber de hacerlo (guerra, genocidio, escuadrones de la muerte, mercenarios, etc.). La existencia de lo obstinadamente impredecible pone al descubierto lo que los sistemas económicos y gubernamentales de esta cultura son en realidad: medios para racionalizar y operativizar las estructuras de explotación, robo y asesinato (por ejemplo: obstaculiza efectivamente la explotación, el robo y el asesinato perpetrados por Monsanto, y ve cómo serás tratado por los gobiernos del mundo).

FJS: ¿Así que realmente de lo que se trata es de la experiencia personal en torno a la narrativa, a la inculcación?

DJ: En muchos sentidos, así es. R.D. Laing comienza su extraordinario libro *La política de la experiencia* diciendo: “Hoy en día hay pocos libros que se puedan perdonar”. Creo que escribió esto porque estamos muy alienados de nuestra propia experiencia, de quienes somos, y esta alienación es tan destructiva de los otros y de nosotros mismos, que si un libro no toma esta alienación como punto de partida y no obra para corregirla, haríamos mejor en contemplar hojas en blanco. Desde luego que concuerdo con Laing en que actualmente hay pocos libros que se puedan perdonar (y lo mismo se puede decir de las películas, pinturas, canciones, relaciones, vidas y así sucesivamente), y concuerdo por las razones que él daba. Esta cultura está asesinando al planeta. Cualquier libro (película, pintura, canción, relación, vida y así sucesivamente) que no parta de esta comprensión básica —que la cultura está asesinando al planeta— no se puede perdonar, por una infinidad de

razones, una de las cuales es que si no hay un planeta viviente no puede haber libros. Ni puede haber películas, pinturas, canciones, relaciones, vidas y así sucesivamente. No puede haber sueños. No puede haber nada.

FJS: La cuestión es experimentar un mundo simbiótico en equilibrio dinámico, no un mundo dispuesto ahí para nuestro uso. Reconocer las intrincadas relaciones que nos ligan a todos: a los árboles y al agua fresca, a las aves y peces, a las montañas y al cielo, a ti y a mi... no un asunto de horas y sueldos, de mercados y normas, de recursos y producción industrial.

DJ: Correcto.

FJS: Los indígenas mantienen relaciones de afinidad con los seres no humanos, y de hecho los pueblos indígenas jamás han tenido una visión utilitaria de su territorio, porque perciben el entorno natural como una matriz de relaciones recíprocas en las que participar. ¿Por qué crees que la cultura dominante no puede relacionarse de esta forma con la tierra?

DJ: En todos mis escritos he subrayado que la principal diferencia entre el modo de ser civilizado y el indígena es que para los civilizados, incluso para los más abiertos de mente, escuchar al mundo natural es sólo una metáfora. Para los pueblos indígenas tradicionales no lo es. Para ellos ésa es la forma en que te relacionas con el mundo real. El modo de vida de esta cultura está basado en la explotación, la dominación, el robo, el asesinato. ¿Por qué? Porque se basa en la creencia de que los fuertes tienen derecho a apropiarse de todos los recursos que quieran. Si te ves a ti mismo como investido de derechos sobre un recurso, y si no quieres o no eres capaz de percibir al otro como un ser con quien puedes y debes relacionarte, entonces te vas a apropiarse de ese recurso.

FJS: ¿Crees que el pensamiento científico ha potenciado la cosmovisión explotadora y utilitaria?

DJ: Richard Dawkins, el conocido filósofo y científico – quien tiene al menos tantas preferencias en Google como el maldito Mick Jagger– opina que existimos en “un universo de electrones y genes egoístas, replicación genética y fuerzas físicas ciegas”. La idea de que los seres humanos somos la única forma de vida inteligente en la tierra, y posiblemente en todo el universo, lleva aparejada la noción de que el mundo consiste en objetos para nuestro uso y no en seres vivos con quienes relacionarnos. Dawkins afirma además: “No vas a encontrar ninguna razón y ninguna rima en él [el universo], ni tampoco encontrarás justicia. El universo observable tiene precisamente las propiedades que podríamos esperar en caso de no existir, en el fondo, ningún diseño, ni propósito, ni bien, ni mal, únicamente una indiferencia despiadada”. Como las suposiciones científicas al uso afirman que los seres no humanos no poseen inteligencia propia, de aquí se desprende que éstos no tienen nada que decirnos, ni nada que decirse entre sí. De modo que la comunicación entre especies sería un disparate, sin importar quiénes sean los no humanos: animales, plantas, ríos, rocas, estrellas, musas, y así sucesivamente. Cualquiera que piense de otra forma –y esto es crucial– es visto como supersticioso, o sea, como alguien que se engaña a sí mismo: alguien primitivo, quizás demente, quizás infantil, quizás simplemente estúpido. De pronto la ciencia ejerce un poder sobre las creencias mucho mayor que el ejercido por cualquier religión. El pensamiento científico ejerce un control mucho más eficaz sobre la gente, porque si no te lo tragas pasas por idiota. La religión de cabecera de hoy es la que glorifica el dominio humano, y no importa gran cosa que uno se identifique como cristiano, como capitalista, como científico o como un miembro más de esta cultura: son sus acciones

las que promulgan ese fundamentalismo de la explotación y la arrogancia desatada. Esta religión permea todos los aspectos de la cultura dominante.

FJS: En el libro que escribiste junto a George Draffan, *Bienvenidos a la máquina: Ciencia, vigilancia, cultura del control...*, argumentaste sobre el acoplamiento entre la ciencia y el control; ¿puedes extenderte un poco más sobre aquello? Y por otro lado, ¿crees que haya algo que decir sobre el acoplamiento producido por esta cultura entre el empleo de la fuerza y la verdad?

DJ: Desde luego que sí. Primero, si la perspectiva científica, materialista e instrumental es correcta y cualquier otra visión es errónea, entonces el universo es un enorme mecanismo, una máquina: una máquina muy predecible y por tanto controlable. La fuerza, en este caso, se asemeja al significado: no habría ninguna fuerza intrínseca en el mundo (ni fuera de él), así como no hay ninguna fuerza intrínseca en una tostadora o un automóvil, hasta que los pones a funcionar; en esta visión la única fuerza que existe es la que proyectas sobre otros (o que otros proyectan sobre ti). El poder proviene de cómo usas las materias primas: mientras más materia prima uses con más eficacia que los demás, más poder tendrás. Y la ciencia es una potente herramienta para lograrlo. De eso se trata la ciencia. Esto significa, ciertamente, que es la fuerza la que constituye al derecho, o más bien, que el derecho también es como el significado porque no es de ninguna manera inherente. Si los no humanos no son seres en sentido real y sólo están aquí para que los usemos (y no por derecho propio, con vidas tan significativas como tu vida lo es para ti o la mía para mí), entonces usarlos, o destruirlos, no debiera acarrear ningún problema moral... al menos no más que si tú o yo usamos o no, destruimos o no, cualquier otra herramienta a nuestra disposición. Lo cual significa que el derecho es lo que decides que es, o más

exactamente, es algo irrelevante, porque si el derecho es cualquier cosa que se te ocurra, entonces no es nada en realidad. Pero esta noción tan maleable del derecho supone que puedas auto-justificarte con mucha facilidad por explotar hasta el tuétano a todos y todo lo que te rodea. Si esto suena sociopatológico, es porque lo es. La filosofía occidental y el pensamiento científico son sociopatológicos, porque alcanzan la lógica a través del poder de dominar. Eso nos vuelve a todos dementes. Richard Dawkins escribió: “La ciencia funda su verdad en su espectacular capacidad para hacer que bajo sus órdenes la energía y la materia salten por el aro, y para predecir eventos futuros y en qué momento tendrán lugar”. ¿Logras captar el error lógico fundamental en esta afirmación? Sospecho que si viviéramos en una cultura que no fuera sociopática todos nos daríamos cuenta sin mayor dificultad. Hagámonos una simple pregunta: ¿en qué funda la ciencia su pretensión de verdad? Ésta es la respuesta de Dawkins y de la cultura dominante: en la obediencia que obtiene de la materia y la energía, y en su propia capacidad para predecir lo que ocurrirá y cuándo. ¿Te das cuenta del problema? De acuerdo, intentémoslo de otra forma: digamos que Dawkins tiene un arma. Supongamos que apunta su arma contra tu cabeza y te ordena saltar a través de un aro. Digamos que le obedeces. Después de todo, te está apuntando a la cabeza. Ahora, con el arma apuntando a tu sien, te ordena volver a saltar por el aro, mientras predice que eso es exactamente lo que harás. Lo haces. Como te darás cuenta, es nada menos que un puto genio: te ordenó saltar por el aro y predijo acertadamente que lo harías. Con esta afirmación Dawkins hizo gala de una increíble deshonestidad intelectual y demostró ser un ruin embustero. La única razón por la que nadie ha puesto en su lugar a este desgraciado –y alguien debería hacerlo– es que está respaldado por toda una cultura de sociópatas. Lo que ha hecho es equiparar el poder de mando con la verdad. Ha equiparado la dominación con la

verdad. Pero ni el poder ni el mando ni la dominación son lo mismo que la verdad. El poder de mando es poder de mando, la dominación es dominación, y la verdad es la verdad.

Richard Dawkins podría poner un arma contra mi cabeza. Hasta podría matarme. Pero eso no significaría que esté diciendo la verdad. Esta cultura ha dominado el planeta. La dominación ejercida por esta cultura está matando al planeta. Eso no quiere decir que esta cultura diga la verdad, o sea siquiera capaz de entenderla. Con todo, por otra parte, la capacidad de dominar es un tipo de verdad. Pero hay también otras verdades que pueden ser veladas, oscurecidas o destruidas por ella. Esto quedará más claro con un ejemplo: digamos que te obligo a saltar por el aro. Digamos que te esclavizo. ¿Esto que estoy haciendo no le cierra el paso a otras verdades? Cualquier curso de acción que tome impide que tome otros. Algunos cursos de acción resultan ser impedimentos más fuertes que otros. Y lo mismo vale para las verdades: algunos caminos hacia ciertas formas de conocimiento, y algunos caminos a ciertos tipos de verdad, inevitablemente impiden otras formas de conocimiento, y otros caminos a otras verdades.

Hace poco leí un ensayo de Sam Harris, aliado de Dawkins y enemigo recalcitrante de la naturaleza. El ensayo se titula “La madre naturaleza no es nuestra amiga” y comienza así: “Como mucha gente, antes yo confiaba en la sabiduría de la naturaleza. Me imaginaba que existían límites precisos entre lo natural y lo artificial, entre una y otra especie, y creía que el advenimiento de la ingeniería genética implicaba que nos pondríamos a jugar temerariamente con la vida. Ahora creo que esta visión romántica de la naturaleza no es más que una mitología debilitante y peligrosa. Cada 100 millones de años más o menos un asteroide o cometa del tamaño de una montaña choca con la tierra, matando a casi todas las cosas [*sic*] vivientes [*sic*]. Si querían una prueba de la indiferencia de la

naturaleza respecto al bienestar de los organismos complejos como nosotros, ahí la tienen. La historia de la vida en este planeta ha sido una historia de destrucción inmisericorde, y de renovación brutal y ciega”.

Todo el resto del ensayo es de una calidad paupérrima y está lleno de odio hacia la naturaleza. No sé por qué Harris no pudo tomarse la molestia de indagar por treinta segundos en Google y así averiguar que sólo una de las grandes extinciones tuvo como causa probable un asteroide. Tampoco entiendo bien por qué no se limitó a decir que la naturaleza tiene garras y dientes que chorrean sangre, y punto. Lo que se sabe de las extinciones masivas proviene de datos reunidos por científicos que usan las premisas, los métodos e instrumentos de la ciencia; datos que estos mismos u otros científicos convierten en relatos a partir de los marcos de referencia que la ciencia provee para darle significado a esos datos.

Gran cosa, me dirás. Bueno, sí, es una gran cosa. Las premisas y demás precondiciones de cualquier relato casi siempre predeterminan el curso que seguirá ese relato. Predeterminan en particular la moraleja del relato, e incluso su moralidad (que no es lo mismo). Y ciertamente el relato sobre múltiples extinciones masivas contiene una moralidad evidente, al menos para Sam Harris. Esta moralidad es precisamente la del punto de vista científico, materialista, instrumental y mecanicista dominante: que la “naturaleza” es —como dice Harris— “indiferente”. O que en realidad la naturaleza es —como diría Harris si fuera un pensador claro y tuviese la más mínima consistencia interna— incluso menos que indiferente: que es *insensata*, ya que la indiferencia presupone la capacidad de sentir. Yo podría razonablemente decir que me es indiferente si en el partido de mañana ganan los Knicks o los Spurs. Quizás también lo sea para ti. Pero normalmente nadie diría que su canasto de

ropa sucia es “indiferente” al resultado del partido de mañana. Quiero detenerme un poco más en el uso chapucero de las palabras por parte de Harris, porque creo que es síntoma de algo mucho más profundo que un pensamiento confuso. Una de las pistas que me ha llevado a sacar esa conclusión es que su uso de la palabra “indiferente” es sólo un caso más de una serie de interesantes elecciones de términos. Está por ejemplo el título: “La madre naturaleza no es nuestra amiga”. Estoy fascinado por el hecho de que aunque Harris y Dawkins –y otros como ellos– dicen creer que el universo es mecanístico, con tanta frecuencia usen palabras tan cargadas emocionalmente como lo son *madre*, *amigo*, *confianza*, *despiadado*... y que su lenguaje sea tan a menudo hostil, como si estuvieran describiendo no una máquina como pretenden, sino a un enemigo, o a alguien que les hubiera traicionado. Piénsalo en relación a tu propia vida: ¿cuántas veces has dicho que tu canasto de ropa no es tu amigo? ¿Cuántas veces has afirmado que tu tostadora es despiadada? Si en verdad crees que una cosa –una *cosa*– es totalmente insensata, difícilmente la describirás como amiga o enemiga, o con cualquier otro término que no corresponda a una cosa. Estos pensadores supuestamente esclarecidos están, según creo, muy confundidos en sus razonamientos y sobre todo en lo que sienten respecto a todo eso, con lo cual me refiero a lo que sienten respecto a la vida. No puedo demostrar esto, desde luego, pero me parece bastante claro que las emociones que ellos expresan hacia la vida y hacia el mundo natural no son el tipo de emoción neutral que uno normalmente experimenta y expresa en relación a un objeto inanimado, sino que más bien son indicios de un odio hacia, y un miedo de, la vida y lo natural. Creo –y de nuevo no puedo demostrarlo, pero siento que es así, he sentido que es así desde la primera vez que leí a Dawkins hace veinte años– que ellos le tienen un gran miedo a la vida, que temen a la muerte, y que se sienten

traicionados por la vida porque ellos también, como todos los demás, deben sufrir, y ellos también, como cualquier otro, tienen que morir. Que ellos también deban pagar el precio de sufrir y morir por poder participar en la alegre trama de experiencia y relación que es el proceso dinámico y eternamente creativo del vivir, de alguna manera a ellos les parece humillante. Ante lo cual puedo responderles con una sola palabra: maduren. Está muy claro que en sus descripciones de la vida estos tipos se centran en el sufrimiento intrínseco a la existencia más que en su intrínseca alegría y deleite. Si ellos no fueran tan influyentes, su punto de vista sería simplemente patético, y patológico. Pero tal como están las cosas, su popularidad es por cierto lo que uno podría esperar en una cultura que odia y teme a la naturaleza, que trata de controlar y destruir a la naturaleza y que está de hecho matando a la naturaleza en la tierra. La perspectiva de la gente como Harris y Dawkins (y de la mayoría de las personas en esta cultura, claro está) —consistente en creer que el universo es “despiadado”, o que es deficiente y necesita ser manipulado y/o mejorado para hacerlo tolerable— es el punto de vista central y la fuerza motriz del asesinato del planeta, y está en evidente contradicción con las perspectivas y motivaciones de la mayoría de los pueblos indígenas, que en general perciben el mundo como suficiente, benévolo, hermoso y generoso, como proveedor, como madre, como padre, como familia. El punto de vista de la gente como Harris y Dawkins —el punto de vista que subyace a la civilización— es no sólo un punto de vista asesino, sino también extraordinariamente desagradecido.

Aun cuando el universo te parezca una cosa mecánica, éste te dio tu vida, esta vida extraordinaria, única y llena de sobrecogimiento. A menos que tu vida sea realmente miserable, el no mostrarte agradecido por este regalo demuestra que eres un ser mimado, inmaduro y despreciable.

FJS: ¿La ciencia le ha dado algo bueno al mundo?

DJ: Esa es una pregunta bastante frecuente: ¿acaso la ciencia no ha hecho un montón de cosas buenas por el mundo? ¿Por el mundo? No. Muéstrenme cómo es que el mundo —el mundo real, físico, que una vez estuvo rebosante de palomas migratorias, alcas gigantes, bacalaos, atunes, salmones, visones marinos, leones, grandes simios, aves migratorias, bosques— es un lugar mejor gracias a la ciencia. La ciencia ha hecho mucho más que facilitar la destrucción del mundo natural: ha incrementado en muchos órdenes de magnitud la fuerza destructora de esta civilización. Podemos hablar todo lo que queramos sobre biología de la conservación y sobre la utilidad de la ciencia para medir la biodiversidad, pero en el mundo real, físico, los efectos reales, físicos, de la ciencia sobre los seres humanos reales, físicos, ha sido simplemente catastrófico. La ciencia ha tenido alrededor de trescientos años para probar su validez. Y por cierto, hace trescientos años los océanos estaban llenos de alcas gigantes (y peces, y ballenas), los cielos estaban repletos de palomas migratorias y zarapitos árticos, la capa de suelo era más profunda y los bosques nativos seguían en pie. Si trescientos años de motosierras, clorofluorocarbonos, uranio empobrecido, automóviles, ingeniería genética, aeroplanos, comercio internacional incesante, computadoras, plástico, interruptores endocrinos, pesticidas, vivisección, motores de combustión interna, retroexcavadoras, grúas, televisores, teléfonos móviles y bombas nucleares (y convencionales) no son suficientes para clarificar la situación, la situación jamás se va a clarificar.

Sin la ciencia, no habría diez veces más plástico que fitoplancton en los océanos. El holocausto nazi, como lo dejé claro en *The Culture of Make Believe*, y como Zygmunt Bauman lo demostró en *Modernity and the Holocaust*, fue un triunfo de la perspectiva moderna industrial, racionalista, científica

e instrumental. El calentamiento global, que podría terminar en una extinción de la vida a escala planetaria, no estaría ocurriendo sin la ayuda de la ciencia y de los científicos. Sin la ciencia no habría un agujero en la capa de ozono. Sin la ciencia y los científicos, no estaríamos frente a la amenaza de aniquilación nuclear. Sin la ciencia, no existiría la civilización industrial, que inclusive sin calentamiento global nos estaría conduciendo a un genocidio mundial. Qué duda cabe, gracias a la ciencia tenemos televisión, medicina moderna (y modernas enfermedades), y fresas con sabor a plástico en pleno invierno, pero cualquiera que prefiera tener esas cosas en vez de un planeta viviente es... bueno, un típico miembro de esta cultura. Si se dio el caso de que la evolución tuvo como resultado que nosotros llegáramos a existir, entonces es bastante obvio que estamos estropeando lo que sea que vinimos a hacer acá. ¿Qué sentido tendría todo este proceso evolutivo si su sentido, su clímax, su resultado final fuese que acabemos con la vida en este planeta? Sería el más largo y estúpido mal chiste jamás contado.

FJS: ¿Abrazas alguna filosofía personal? ¿Hay alguna esperanza de que en el futuro la vida se salve en nuestro planeta?

DJ: Todo es circunstancial. Sin duda podemos guiar nuestra conducta según principios firmes, pero en última instancia, hacernos cargo de lo que sucede en el mundo es algo que supera a la filosofía. Tenemos que reconocer que la realidad física se impone a la filosofía. La vida es muchísimo más compleja que cualquier declaración que la filosofía pueda hacer. No puedo prever ni siquiera el resultado de una relación amorosa, ni la relación entre lo que como y mi enfermedad de Crohn. En cuanto a la filosofía, es como un mapa. El mapa no es el territorio —el territorio es mucho más complejo que el mapa, y los elementos que constituyen el territorio son aun

más complejos. Nosotros, los árboles, las montañas, los animales no humanos –todos los seres vivientes en este mundo somos mucho más complejos que la filosofía, o que la ciencia que trata de comprenderlos (léase, controlarlos). Con toda franqueza, no podemos hablar de filosofía como una cosa en sí. Si la filosofía nos enseña cómo vivir, la filosofía tiene que estar basada en un territorio. En consecuencia, la filosofía que se haga en Vermont será diferente de la filosofía que se haga en el norte de California. En cuanto a la esperanza, ésta consiste en anhelar que suceda algo en un futuro sobre el que no tienes ninguna incidencia. Así usamos este término en el habla cotidiana: no decimos “tengo la esperanza de comer algo hoy día”. Simplemente vamos y comemos. Pero cuando me subo a un avión, abrigo la esperanza de que no se estrelle, porque una vez que estoy volando ya no tengo ninguna incidencia sobre lo que vaya a pasar. Así que no tengo la esperanza de que esta cultura no mate al planeta: haré lo que haga falta para evitarlo. Tengo incidencia. Y tú también. Tenemos que proteger activamente la naturaleza, tanto como sea posible. Cuando nos damos cuenta del grado de incidencia que tenemos en realidad, dejamos de abrigar esperanzas. Dale una vuelta: ¿cuál es la verdadera fuente de nuestra vida? ¿La comida, el aire, el agua? ¿El sistema económico? No. Es el territorio. Y a los que vivan en el futuro lo único que les va a preocupar es si les dejamos aire limpio, agua limpia y territorios habitables. Lo que están haciendo es matar este planeta y tenemos que detenerlos.

Miles de años de adoctrinamiento e ideología nos han alienado de nuestras propias mentes y cuerpos, apartándonos de todo sentido realista de auto-defensa, de toda noción de cultivo de la tierra, llevándonos a identificarnos no con nuestros cuerpos y los territorios que habitamos, sino con nuestros verdugos, con nuestros gobernantes, y con la civilización.

Cuando rompes esta identificación, el curso de acción a seguir se vuelve mucho más claro. Ámate a ti mismo y a la tierra, y a quienes te rodean, y actuarás a favor de los intereses de los que amas, y los defenderás. El mundo material es lo primero. Esto no significa que el espíritu no exista, ni que el mundo material sea lo único que hay. Significa que el espíritu se combina con la carne. También significa que las acciones en el mundo real tienen consecuencias en el mundo real. Significa que este desastre es realmente un desastre, y tenemos que hacernos cargo de él; que por el tiempo que estemos en esta Tierra – vayamos o no a otro lado después de morir, y ya sea que sea un privilegio o una condena vivir aquí– lo que importa es la Tierra. Es lo primero. Es nuestro hogar y lo es todo. Es estúpido pensar, actuar o existir haciendo como si este mundo no fuese real o prioritario. Es estúpido vivir nuestras vidas como si nuestras vidas no fueran reales.

NOTAS SOBRE LOS TEXTOS SELECCIONADOS

EL PACIFISMO COMO PATOLOGÍA Texto introductorio al libro de Ward Churchill *Pacifism as Pathology. Reflections on the Role of Armed Struggle in North America (2nd edition)*. AK Press, Oakland, Ca., 2007.

LA TIRANÍA DEL PRIVILEGIO DESPÓTICO Publicado en la revista *Orion*, en el número de enero/febrero de 2011.

UN DIAGNÓSTICO CLARO: EL MUNDO DESQUICIADO Publicado en la revista *Orion*, en el número de septiembre/octubre de 2010.

MÁS ALLÁ DE LA ESPERANZA Publicado en la revista *Orion*, en el número de mayo/junio de 2006.

PROGRESO, POR SOBRE TODO Publicado en la revista *Orion*, en el número de mayo/junio de 2010.

VIVIR O NO VIVIR Publicado en la revista *Orion*, número de mayo/junio de 2011.

EL MUNDO EN LA MIRA Publicado en la revista *Orion*, número de mayo/junio de 2009.

• EL PACIFISMO COMO PATOLOGÍA Y OTROS ESCRITOS •

Coedición: Viejo Topo & Colectivo Editorial Nihil
Obstat - Selección, traducción y prólogo: Carlos Lagos
- Corrección de estilo: Raimundo Nenen - Diseño
de portada: Nicolás Sagredo - Diagramación: Doimo
Ursic - Impresión del libro: Andros Impresiones.

*presencia de Ngen-kürüf y Ngen-ko en el valle central
invierno 2015*

